



ANGÉLICA
MENDOZA

CARCEL *de* MUJERES

COLECCION CLARIDAD

"PROBLEMAS SOCIALES"

BUENOS AIRES



VER H.C.B. obras completas
p. 775

CARCEL DE MUJERES

ANGÉLICA MENDOZA

CARCEL DE MUJERES

Impresiones recogidas en el Asilo del
Buen Pastor



COLECCION CLARIDAD

'PROBLEMAS SOCIALES'

BUENOS AIRES



Claridad

REVISTA DE ARTE, CRÍTICA Y LETRAS

TRIBUNA DEL PENSAMIENTO IZQUIERDISTA

Fundada el 20 de febrero de 1922

Director: ANTONIO ZAMORA

Oficinas y Talleres Gráficos: SAN JOSE 1641

U. T. 23 - Buen Orden 5573

Dirección Postal: Casilla de Correo 736

Aparece el 4º sábado de cada mes

Única suscripción: \$ 3.50 m/n. por año

Tiraje: 10.000 ejemplares. Circula en todos los países
de habla castellana.

CARCEL DE MUJERES

7 de la mañana. La transparencia acuosa del día plomizo hace livianas las cosas. El auto patina de vez en cuando en la prisa de conducirme a la prisión.

El Buen Pastor tiene ya abiertas sus puertas para recoger a las ovejas descarriadas. El pesquisa que me acompaña llama repetidas veces; tengo la impresión que esa cuerda de la que tira está unida a una campanilla muda.

Un vigilante que hace la guardia me dice: "Le van a quitar el diario". Y en un curioso gesto protector he apretado el papel, como presintiéndolo refugio intelectual en mi soledad próxima.

Al fin abre una mujer y luego aparece una monja, vieja, marfilina, estilizada. Me hacen pasar y quiero decir algo, pero me detiene el gesto.

Patio limpio, oloroso a incienso. Impresión de paz y de aplastamiento vital. Me conduce a la capilla, pero me detengo ante la puerta y miro las cosas. Una enredadera a modo de palio enverdece a un Cristo a cuyas plantas los malvones ponen la nota brillante y jocunda de sus flores.

Las puertas cerradas, el piso blanqui-negro, el mor-

CÁRCEL DE MUJERES

diente olor a incienso, el rumor confidencial de los rezos, dan la visión de convento. Se me entumescen las piernas, parada en el embaldosado inhóspito; me siento junto a la única mujer que permanece fuera.

Es vieja, gruesa, de ancha sonrisa. Tiene un delantal de crea azul rayado de blanco, alpargatas rotas, medias de seda brillante con los hilos corridos, manto negro en la cabeza y del cual asoman mechones crespos de cabello cano. No reza. Me llega la voz monótona, sin música, opaca, del cura que predica. “La pureza de María”, su “virginidad inmaculada”, “el amor infinito a su Dios hecho carne”; “el dolor y la pobreza como atributos del vivir cristiano”. Surge a su evocación el cuadro humano que la escucha y suavemente sonrío.

Luego de golpe poseo la intuición de la realidad que me espera. Me aplasta; y entonces busco el consuelo de viejas imágenes cuyo fluir desde los tiempos perdidos me baña de honda irrealidad.

* * *

Se han abierto todas las puertas de la Capilla y desfilan las asiladas, vestidas con el delantal uniforme, azul rayado de blanco.

Estoy inclinada apretando mis manos a las rodillas enfriadas. Veo sólo los pies de esas mujeres: Chancle-

CÁRCEL DE MUJERES

tas, zapatos charolados, zuecos, zapatillas de lamé, alpargatas, cabritilla coloreadas...

Miro entonces a los rostros. Ellas me ven y hay sorpresa en las miradas. Estoy de pie, y las dejo pasar. Todas ellas son para mí entonces, un sólo diseño de bestialidad vibrante. ¡Una sola faz torpemente asombrada, un solo hocico femenino arrebolado de rouge!

Sigo a la procesión maquinalmente. Una monja aparece por una puerta; me vé detrás de la fila, hay asombro en ella, reacciona y me empuja con las manos, diciendo:

—“¡Siga, siga! ¡Y no hable!”.

Y yo sigo y al pasar del claustro al patio me enfrenta una construcción ingenua y rústica. Una gruta inverosímil, de cuyo fondo verdinegro emerge el perfil de una imagen y a sus pies un estanquito de aguas musgosas se estría con el rojo vivo de los peces.

Miro el temblor de las aguas y tengo el loco deseo de mojar mis labios, de hundir mi cabeza en ella en busca de su caricia sedativa.

Una mujer, tal vez la última de la fila me observa. Nos hemos hundido el mirar y ella ha dicho:

—“¡Pase, no tenga susto! Todas las que venimos aquí salimos a los pocos días, si pagamos la multa. Entre nomás!”

Me quedo dura, embotada. La cordialidad del saludo, me hunde en una desesperación curiosa. Hubiera reído si no comprendiera que el Asilo San Miguel acaba de saludarme por intermedio de Su Majestad la Prostitución.

ANGÉLICA MENDOZA

La fila de mujeres se ha desparramado en un recinto con mesas y bancos alineados. Sentadas me miran entrar y en su bisbiseo, distingo: “¡Es pajuera!”

Una cara, nó, una mascarilla en donde la pasividad ha impreso ya el sello de lo ido, me mira curiosa. Es una monja, suave, silenciosa. En voz baja, me pregunta:

—“¿Y usted, que hace aquí?”

Todas las mujeres callan. Siento la tensión del silencio y la angustia me hace una mala pasada.

—“Orden Político me envía. Soy comunista y maestra.

Un rumor acompaña mis palabras. Ellas, comentan y me espían curiosas.

—“Suba al dormitorio y descanse”. — Es la voz tranquila de la monja la que ordena.

Y he subido por una escalera que huele a mugre y abandono. Unas viejas me ven pasar, mientras toman su café. Arriba encuentro un galpón grande, frío, con camas alineadas como un hospital.

Una de las mujeres ha subido para acompañarme.

—“¡Una nueva, Carmen! Dice la madre San Paulo que la deje descansar!”

—“¡Eso es; la madre San Paulo, no sabe, acaso, que de día nadie puede entrar aquí!”

Y la voz nasal de gallega me clava en el piso. Me echo de bruces en un banco y la mujer que coloca flores a los santos, me mira. Veo su nariz sucia de rapé y sus ojos batracios. Y se me ocurre que todo esto es un enorme prostíbulo y el llanto de mi flaqueza, de mi soledad, de mi aniquilamiento físico, estalla...

CÁRCEL DE MUJERES

—“¡No llore usted! Torres más altas se han venido abajo. Aquí hay tranquilidad. La señora de un médico hace tres meses que se lo pasa aquí, y ahí, la tiene muy tranquila!”

La muchacha que me acompañó ha vuelto a subir y me trae un jarro de leche y pan. Luego me dice:

—“Yo voy a salir ahora y si usted quiere echar una carta, démela, que me la escondo y la echo en el buzón”.

Y la miro moverse con alegría y seguridad.

—“¡Ché, Carmen! Ponele una vela a la virgen pa' que no me encanen. ¡La pucha, que jetta tengo! Cada quince días caigo. ¡Ando más pobre! ¡Y mi marido, esperándome! ¡A lo mejor lo encanaron también!”

Bebo la leche y miro por la ventana enrejada, al cielo arrugado de nubes. La sala es también una clase y una capilla.

La gallega me mira, luego dice:

—“¡Venga usted! ¡Duerma algo!”

Y me han dado una cama con colchón de madera.

Y he dormido...

* * *

II

Bajo al comedor y me ubican en una mesa larga. Visto el uniforme de las recluidas, ocupo un asiento junto a ellas, como de consuno y siento el tragar impetuoso del potaje oscuro y pesado en las gargantas ávidas.

A mi izquierda una negra cara de murciélago; al frente una mujer rubia y fuerte emanando un no sé qué de serenidad rústica; a mi derecha, una mujer grande fresca, que me mira azorada y al sesgo, una muchacha casi sin dientes, que no puede comer de la risa que le causo con mi actitud.

Conversan en voz baja.

—“¡ Mis pobres hijos me han de extrañar!”

—“¿ Y no han hecho las gestiones con el tipo ése?”

—“Sí, mujer. Seiscientos pesos le cuesta esta broma a mi marido. Pero será la última vez que me pesquen!”

—“¿ Te vas?”

—“¡ Pá España! Pa no ver más a éstos”.

—“¡ Te vas con los bolsillos bien forrados!”

CÁRCEL DE MUJERES

—“¡Qué vá, mujer. Todo lo que robao me lo tengo comío y bien comío y chupao!”

Miro a la rubia que está frente mío y siento algo de tranquilidad. Esta mujer de labios prietos, melena rubia y caída a un costado no revela impudicia ni desca-ro. Me mira y yo descanso en su mirada.

Después de la cena me acerco y le pregunto donde puedo lavarme las manos.

Me conduce y pregunto:

—“¿Por qué está usted aquí?”

—“Por O. P.”

—“¿Es anarquista, comunista...?”

—“No. Estoy a causa de mi amigo, un médico de San Isidro”.

—“¿Usted conoció algunas compañeras comunistas detenidas aquí?”

—“No; pero ahora hay una compañera anarquista que se encarga del reparto de las bolsas de la comida. Se la voy a llamar.

Estoy sentada en el patio a la hora del recreo. Se acerca una mujer de marcha segura y ademán enérgico.

—“¿Es usted la compañera Mendoza?”

—“A sus órdenes, camarada”.

—“Soy Encarnación Represas, militante anarquista del grupo “I.a Antorcha”.

Nos hemos dado un apretón de manos. Luego hablamos de la persecución, de la dictadura, de la reacción militar y hemos sellado un seguro pacto de compañerismo.

III

La noche.

El dormitorio es un galpón con techo para aguas, atravesado de vigas y tirantes de hierro, ventanas enrejadas, abiertas a un pasillo. Paredes encaladas, piso de madera sucia y vieja; olor a estopa, a mugre, a lociones baratas y a humedad.

Las camas se alinean y se tocan. Los colchones huelen, las frazadas son de campamento y el vecindario de prostíbulo. Por la ventana abierta miro el cielo lejano. Han salido las estrellas y siento la noche, la noche ciudadana que está a treinta metros de mí y, sin embargo, inalcanzable.

Siento el vocear de un canillita. Alguien grita en la calle y los ómnibus pasan ruidosos.

Un gemido hondo, constante, prolongado, me preocupa. Parece el de un gato embolsado. Me dan ganas de levantarme; pero la nariz sucia y rotosa de la guardiana se destaca muy cerca. Un alarido loco me revela que no era gato sino mujer. Y muy cerca mío.

ANGÉLICA MENDOZA

En la penumbra no descubro el rostro; siento correr a las demás. La enferma se revuelve, muerde, brama.

Miro con asco. Espero que se muera, pero no ocurre así.

—“¡Vayan a dormir, mujeres! ¡Déjenla! ¡Le hace falta la coca, por eso brama!”

La guardiana está de pie; empuja a las mujeres y deja librada a su suerte a la que aún salta en la cama.

* * *

Recreo.

Se ha almorzado y las mujeres lavan sus platos en las palanganas que están sobre la mesa. Cada reclusa enjuaga su plato, su cubierto y luego lo repasa con un repasador común. Terminado el almuerzo se dá recreo. Las mujeres se desatan en un patio grande. Gritan, dan alaridos, se levantan el vestido, hacen señales obscenas y se desafían por cualquier motivo. Se vigila de cuando en cuando los servicios para impedir encierros sospechosos.

Una de las mujeres ha traído un guante de goma de uso en su oficio, lo ha soplado y lo larga al aire como un globo.

Juegan las demás y se lo muestran sonrientes a la monja.

Siento gritos, insultos. Todas corren a presenciar el espectáculo. Dos muchachas se han tomado del cabello, se rasguñan y se muerden. Se las consigue separar.

CÁRCEL DE MUJERES

—“¡Te voy a hacer que me negués como hermana!
¡Gran cochina!”

Llega la madre Concepción y encierra en un calabozo a la atacante y a la que por llevar el cuento provocó la pelea. Horas más tarde, siento que una de las mujeres encerradas canta. La letra de la canción es el agua fuerte más evocador y espantoso que la imaginación del arrabal pudo producir.

A la noche la otra muchacha encerrada es sacada del calabozo, presa de una aguda crisis provocada por un bocio interno y su garganta trabajosamente deja pasar el aire.

* * *

Por la ventana enrejada de la clase se defleca el rayo luminoso y ribetea de oro las piernas desnudas de las mujeres y las tablas terrosas del piso.

Un bullicio mujeriego llena el recinto. Algunas disputan, otras cantan. Luego irrumpe la risa de una petiza que ha hecho un descubrimiento por la ventana.

En el fondo de la transparencia mañanera se destaca una figurita blanca. Parece un monicaco puesto en el borde de un balcón. Es un obrero pintor. Aparece otro, con un balde en la mano. Un segundo, ambos miran en la lejanía y quedan inmóviles; luego mueven rítmicamente los brazos.

La petiza saluda alborozada a los hombres. Están

ANGÉLICA MENDOZA

lejos en Callao, los separa la hondura de la mañana y la realidad objetiva de lo largo y de lo ancho.

Se agolpan las mujeres en la ventana, riendo y haciendo señales amenazadoras a los hombres.

—“Ché, mirá los cusifais esos”.

La religiosa que dirige la clase aún no ha venido. En tanto crece la jarana. Comienzan los llamados telefónicos desde la portería del asilo informando de la llegada de las fichas o de las multas.

—“A mí no me asusta venir al asilo. Ya me han encanao siete veces; pero como mi marido es amigo de un auxiliar de policía, la ficha me llega pronto. Pago la multa y listo”.

—“¿Cuánto te toca pagar ahora?”

—“Cincuenta pesos. Pero, qué me importa. Esta misma tarde me los gano con unas patinadas.”

Una negra mulata, Esperanza, mazo oscuro de carne golpeada por los años y el ajetreo, se depila con finura las cejas.

—“Cuando una se vuelve vieja las cosas cambian. Nadies me ha querido ayudar. Cuando era muchacha me seguían los machos, como las hormigas al queso. En Mar del Plata teníamos una churrasquería y un quilombo. ¡Si habré ganao plata! ¡Qué le vamos a hacer! Ahora de cuando en cuando hago un **trabajito** y lo hago con gusto, acordándome de mis buenos tiempos. Una vez fuí a una casa que necesitaban cocinera. Yo no sé si por la estampa que tengo o porque averiguaron en la policía, la patrona se asustó. La cuestión es que a las dos horas de rascar los tachos de la cocina se me

CÁRCEL DE MUJERES

apareció el patrón y me dijo: "Vea, no vamos a necesitar sus servicios. Tome estos dos pesos para un café con leche". Me dió rabia y le dije: "¡ Váyase al diablo! ¡ Yo no soy limosnera, busco trabajo y nada más!" Y así son las cosas; cuando uno quiere hacer la decente no encuentra nada en ningún lao!"

* * *

Las risas de las mujeres rebotan en las paredes y aturden. Risas estridentes, despavoridas, cortantes, ásperas y ruidosas, pero con una trayectoria mezquina.

Se inician en una vocalización esténtórea y se desmayan presto; surgen agudas otra vez y luego silencio.

Evoco las risas de mujeres contentas de cualquier parte, menos de este infierno y descubro su íntima diferencia.

Aquellas son risas isócronas que comienzan en una vocalización musical para lanzarse en una parábola sonora. No mueren; flotan, perduran.

Una morena de facciones duras y cabello echado sobre un ojo, se enrula el cabello y luego coloca sobre el rostro una capa de vaselina. Encima colorea los carrillos.

Una espléndida melena castaña descubro entre unas mujeres que se despiojan. Pertenece a María Gauna, ruina viviente de la mala vida.

Dos muchachas se divierten imitando a policías.

ANGÉLICA MENDOZA

“—¡ Con la risa se me quiere salir un gargajo!”

—“¡ Ché, soy un perro que entra en el City Bar!”

Se echa para atrás, estira la boca a los costados, coloca los pulgares en las axilas y camina a zancadas.

La negra Esperanza se mezcla; toca el pito en medio de la jarana de las demás.

Se acerca a una mujer que hace un instante pelea con ella.

—“Pero, miren a la cordobesa, que quería sacarme los chinchulines, llorando como una chica. ¿Qué vulez, madam? No, no, no vulez nada, porque no boleó”.

* * *

Acaba de entrar la religiosa y las mujeres amainan la jarana. Alguien grita a una gallega que se ha sentado en un banco, con las piernas en alto.

—“¡ Chancha! Bajate la pollera pa' que la madrecita no mire. ¿Querés que te la baje de un sopapo?”

La gallega mira, se encoge de hombros y baja el vestido.

—“¡ Es un pecao portarse así con la madre! ¡ Es una virgencita!”

Se inicia el rezo de un rosario.

En voz alta reza el mujerío. Hay silencio. No se pierde ni una sola oración.

María Gauna ora con los ojos entornados. Una mujer

CÁRCEL DE MUJERES

gruesa contesta al “ave maría” mientras se arregla las uñas. Las viejas limosneras charlan o duermen.

Se pierde luego la atención al rezo. Disputan. Luego retoman en cualquier parte la oración y siguen. Una recluida con la tapa de una cajita de vaselina se enarca las pestañas; otra se tiñe las cejas.

Una gallega de cuello de toro, plantada en dos piernas torcidas, se sacude el cabello a la pesca de un piojo. Alguien lee un cuento infantil en voz queda.

Se oye un “Virgo fidelis” monótono, monjil y un “ora pro nobis” reo y gritón.

El teléfono interrumpe la letanía.

—“¡Madrecita, el teléfono!”

Dos o tres rostros se muestran ansiosos. Se imponen silencio éllas mismas, chistando.

—“¡Angela Spinelli!”

Una anciana se incorpora; va a salir y una le grita:

—“El saco e’la piba”.

—“¡Ah!; ¿dónde está la niña?”

Devuelve la prenda a la dueña que está tirada en un banco.

—“¡Qué me importa el saco! ¡Déjenselo!”

—“¿No llaman más, madrecita?”

—“¡Cómo ustedes están gritando, yo no puedo oír el teléfono!”

—“¡Cállense, reas de mierda!”

Grita una de las que ya está lista para salir.

La religiosa hace como que no oye. Dirige el planchado de los delantales, que realiza una mechera. Las

ANGÉLICA MENDOZA

demás mujeres no hacen trabajo alguno. No saben coser ni bordar ni tejer.

Miran asombradas la labor que realizo y con cierto deleite infantil siguen el movimiento de las manos de la compañera Represas, quién hace cuadritos.

Sólo las ladronas cosen o planchan.

Suena nuevamente el teléfono. Corren ansiosas a rodear a la religiosa. Cuatro nombres son pronunciados y las favorecidas deben ir al despacho en dónde está el alcaíde que ha venido con las fichas desde el Departamento.

Se les hace colocar sobre el delantal de diario otro más presentable. Se ayudan entre sí a vestirse.

—“¡Con tal que te vaya bien!”

—“Si Dios me ayuda esta misma tarde me gano la multa en dos o tres vueltas que me dé por Cangallo”.

Hay cierta solidaridad melancólica con la alegría de la que se va.

—“¡Qué porquería! ¡Mire, madrecita, ésto!”

La mechera que plancha muestra indignada algo. Un piojo grande grisáceo y relleno, ha aparecido en la tela de planchar.

—“¡Alguna de esas asquerosas que se ha puesto el delantal!”

El piojo es arrojado al suelo y muerto estrepitosamente.

Una voz áspera ha iniciado una canción:

ANGÉLICA MENDOZA

**María cuyo nombre
Como conjuro santo...**

Luego se le unen las demás voces como un desahogo a las horas de holganza.

—“¡Déjate de hablar pavadas! Si tu marido no ha venido a traerte la plata pa' la multa, será porque el pobre quién sabe como andará. Ellos son siempre buenos; somos nosotras las que le jorobamos la paciencia!”

—“¡La plata que nos saca este Uriburo!... Las patinadas que tengo ya empeñadas pa' poder pagar estas multas!”

La canción ha terminado. Se inicia una lectura y una voz sin matices va narrando la leyenda de María de Magdala.

* * *

Hemos salido al patio después de la cena; las mujeres se agrupan jaraneando.

Hay bullicio, ese bullicio que no cesa, que no amen-gua, que flota y está suspenso de la atmósfera.

Los gritos rasgan el ambiente, el silencio adquiere entonces una patética significación.

Pasa un grupo de mujeres tomadas del brazo. Norma, grande, robusta, Esperanza y una matrona italiana,

pupila vitalicia del Asilo, pues, prefiere permanecer detenida y ahorrar las multas.

—“¡Total! ¡no las paga y a los dos o tres días está otra vez aquí! ¡La plata que se chupa Uriburu con la multa de las mujeres!”

Al pasar frente a unos bancos, dicen:

—“¡Esta es la Plaza Lorea, por lo desierto!”

—“Esta de las vagas, es la Plaza Retiro”.

—“Y esta — se refiere a mí — es la San Martín. ¡Aquí están las damas!”

En una azotea vecina, la ropa colgada mancha de blanco a la tarde. El viento hincha la ropa y le da fantástica y aérea apariencia humana.

El reaje ríe y comenta el color, la forma, el tamaño, de la parte humana a que está destinada la prenda que pende.

Sentada en un banco, sola, hosca, rubia, despeinada y mendiga está “Uriburu”. Conversa consigo misma y las interjecciones alemanas matizan su expresión de la que surge claro sólo una palabra: “Uriburu”. Hay un odio senil y paradójico contra quién puso una nota

caústica en el paisaje amplio, libre, desprejuiciado de su vida vaga...

—“Ché, “Uriburu”; ¿dónde está Lugones?”

Uriburu menea su cabeza despeinada y mira con resentimiento.

* * *

CÁRCEL DE MUJERES

Son las diez de la mañana.

Una a una van cayendo las mujeres apresadas la noche anterior en las comisarías seccionales.

—“¡Santos días, madrecita!”

Laura Requelme acaba de entrar.

Pinta de milonguera, ñata, de ojos hundidos color verde, cabello lacio y tirado detrás de la oreja. Pintada como un afiche, calzada con zapatos de charol con aplicaciones de cuero blanco, simulando dominós.

Se sienta detrás de mí y arrastra el banco con un pie. Yo lo retiro, y ella dice:

—“¡Perdone, señorita!”

—“¡Yo no sé a qué traen gente decente aquí! —

—“¡—Me han cazado entre cinco! Sino, no vengo. La culpa la tiene la tonta de mi hermana, Marta, que estaba esperando un tipo. Yo le dije: “¡Rajá, que yo me abro sola! Pero la muy pava se quedó. Otra vez no me pasará. Es todo por esa sonsa que no sabe trabajar. Yo tengo que darle de dos a tres pesos todos los días para que pueda comer y dormir. A mi marido no le gusta nada. ¡Pero, qué le voy a hacer!... ¡No sirve para el trabajo!...”

.....

—“¡Bah! ¡El tipo ese! Es un pebete. ¿Vive con vos, ahora?... Hace como un mes que me vió y me dijo: “Ñata, ñata, cómo gustás!” Es un gran amigo mío... Me invitó una vez al buffet y me pagó lo que yo tomé. Y cómo yo lo cachaba, me decía: “No me tomés por un

CÁRCEL DE MUJERES

gil, ñata, no me cachés. Si yo pago es porque soy un buen amigo tuyo”.

... ..

—“Ché, Laura; ¿tu marido es lindo?”

—“¡Macanudo, ché! ¿No sabés? Me pinchó con la cortapluma. Yo me le escapé varias veces. Anduve con otro y mi marido lo buscó. Cuando se encontraron empezó con vueltas pero mi marido gritaba: “Quiero la mujer! ¡No quiero arreglos!” El tipo le ofreció mil pesos, pero mi marido no quiso saber nada. Yo, como ví que el tipo aflojaba, me escapé y volví con el otro. Después me decía: “¡Visto, ñata! ¡Sólo yo te convengo como marido. Todos los demás se cagan!”

—“¡La que los tiró! ¡Si yo sé que un hombre me vende a otro lo ensucio de arriba abajo!”

—“¡No; sino no es una venta! Es la ley de los cafis-hios. Si la mujer se les vá con otro, este tiene que largar vento, sino lo liquidan. ¡El mío tiene una pinta! Anda siempre de negro, desde los zapatos hasta el sombrero. Usa cadena gruesa de oro y prendedor. Yo le quise comprar los gemelos para que le hagan juego, pero no quiso. ¡No usa taquito, ni se pinta! ¡Vieras qué hombre! Tiene un cutis de porcelana. No hace nada más que afeitarse y ponerse polvo. Tiene vento en el banco y, ¡no juega ni un peso! ¡Es el único hombre que me conoce!... A veces yo me hago la broncosa y no quiero comer.

—“¡Vení a comer, ñata!”

CÁRCEL DE MUJERES

—“¡No quiero!”.

—“¡Vení, te digo!”

—“¡No quiero!”

Y así un rato. Después, me dice:

—“¿Qué te pasa?”

—“¡Nada!”

Entonces me dá dos trompadas en la cara.

—“¡Vení, te digo!”

Y no voy.

—“¡Cómo si el viento hubiera pasado! ¡No me duele nada!”

Entonces, se me acerca y me dice:

—“¡Vení, no seas mala. ¿No me querés nada?”

Entonces se me caen las lágrimas y voy a comer...

—“¿Y cuánto hacés, Laura?”

—“¿Qué cuánto hago? A la tarde de 30 a 40 pesos; de noche de 70 a 85 pesos, sin contar la pieza. Si a la tarde me va mal, lo gano por la noche”.

—“¿Y no tenés cuñada?”

—“Sí, la sonsa de la Lina. Lo único que me revienta es que mientras yo esté aquí mi marido vá a andar con ella. Yo le tengo lástima. No sabe trabajar; es tímida, tiene miedo. Yo soy muy descarada. Ando por Carlos Pellegrini, entre Lavalle y Corrientes. Sí; la Lina es tonta... Si alguna vez ganó algunos pesos, fué solamente porque yo se los hice conseguir. Una vez ganó 15 pesos, porque yo estaba con unos amigos; la presentó y se la llevaron. Cada uno le dió cinco pesos.

—“Otra vez ganó 10 pesos con un tipo que se calentó con mis piernas. Pasó tres veces con el auto. Quería

ANGÉLICA MENDOZA

que le hiciera un trabajito. Le pedí 15 pesos. Me dijo que era caro. Yo le quise entonces presentar a la Lina y él me preguntó: “¿Es linda?” — “Sí, está allí en la esquina”. Tanto lo escorché al tipo, que al fin se vino. — “Bueno, pero a ella sólo le voy a dar 10”. Ya vés. A mí me quiere mucho la Lina y lo único que siento es que se encariñe con mi marido. El la quiere; es decir, le tiene lástima.”

El desahogo de la Laura parece terminar. Ahora canta.

— “Ché; ¿te sentís cantora de cabaret?”

— “¡Pish! ¡Si quisiera...!”

Más tarde se pinta y queda rea y vistosa.

— “¡Parecés un pierrot!”

— “¡Un loro muerto a escobazos!”

— “¡Estás por pescar algún gil con hambre!”

“.....”

Hoy ha venido la representante de la calle Florida. Su parada es la esquina de Cangallo. Alta, delgada, cara afilada, algo donosa, cierto aire de elegancia ciudadana mezclado a la sonrisa rea.

— “Ché, yo empecé a los 17 años. Fijate, me largué un día a la calle y un tipo me llevó. Yo no sabía lo que tenía que hacer pero él se arregló solo. Después se fué sin darme un centavo. Ese fué el primero.

— “¿Dicen que te gustan las mujeres!”

— “Sí; ¿y qué hay con éso? A todas ustedes tam-

CÁRCEL DE MUJERES

bién. Para más tarde tengo preparado un programita con aquélla que está sentada frente a la ventana.”

“.....”

Hay dos Lucías en el asilo, pero sin el lamentable romanticismo de Lucía de Lamermoor. Han corrido y han reído durante todo el recreo de la tarde. Agotadas empiezan a acosarse ante la indiferencia tal vez heroica de la monjita de voz pastosa y dulce como la chancaca.

Llega la guardiana enérgica y con un balde de agua pone fin al momento.

Luego se dirige a la oscura escalera a correr a las que intentan repetir la diversión.

Hace un calor espantoso y las mujeres alcanzan a 300. Muchas deben dormir en el piso de los dormitorios y hasta en el comedor. Solo dos religiosas vigilan constantemente esa pocilga.

“.....”

El Sapo es una vieja gorda, amplia, que jamás puede juntar sus muslos. Picada de viruelas, boca asapada, nariz ancha. Se aísla, desprecia la juventud y grita ser la mujer más sana y fuerte de la calle Pedro Mendoza.

—“Con mi habilidad, gano más pesos que todas éstas reas podridas que no han llegao a los 20!”

* * *

ANGÉLICA MENDOZA

El Asilo San Miguel se nutre mañana a mañana del material humano que viene en carros celulares o a pie de las comisarias seccionales. A las nueve de la mañana termina el suministro. El nuevo material se reincorpora de inmediato a la vida de reclusión y reinicia los hábitos que solo dejara por un mes, una semana, y a veces dos días de efímera libertad.

La casi totalidad de las mujeres que entran son prostitutas. Vienen aún vestidas y coloreadas, listas para entrar al cafetín de la Ribera o al bar 25 de Mayo. Siete, diez, doce, caen cada noche. Pernoctan en los calabozos seccionales, en cuyas paredes han grabado su nombre, cientos de veces. En todas las comisarias del centro puede leerse el nombre de Violeta Ibañez, perseguida en todos los sectores en el "libre ejercicio de su trabajo".

Cuando caen por primera vez, lloran toda la noche en el calabozo y luego a la mañana siguiente en el Asilo. Luego es ya solo un episodio que adquiere importancia nada más, que por la privación del "trabajo".

A veces cuando es una vólvana de cabaret, res-carriada que trae el carro, puede ocurrir que se desma-ye. Bien es cierto que en el carrito celular no hay su-ficiente ventilación!

Desde las ventanas de la clase alta, las reclusas re-ciben a sus hermanas:

--"¡Mirá ché! ¡Traen a la Luisa! ¡Y también a la Porota! ¡Es la quinta vez que cae este año!"

--"¿Y la Enriqueta? Salió el jueves y el sábado ya la encanaron!"

CÁRCEL DE MUJERES

Vestidos de seda vegetal, tiesa y brillante bajo un tapado vergonzante. Zapatos de satin que la Fábrica Nacional de Calzado vende a \$ 4.90. Medias rosadas insolentes y algo ajadas.

A veces encabezando el grupo avanza una mujer más decidida e imperiosa. Carece de la estilización real de la prostituta. Parece una pequeña burguesa que va a la feria. Desafía la curiosidad de las otras y con una actitud en la que hay algo de suficiencia, busca entre el material detenido algún mirar amigo. Entonces se desata la verbosidad indignada de la mujer que pregona su honestidad en un ambiente sin eco. Es una "mechera", una ladrona de tiendas.

Forma una clase aparte. Siempre recibe abundante comida de sus allegados, frutas caras, pollos y dulces. Habla de gestiones y nombra a personas que las realizan, para obtener su libertad. Una ya había dado \$ 600 y aún permanecía detenida. Otras habían conseguido merced a la coima ser trasladadas de la Correccional al Asilo para conseguir con facilidad su liberación. Poseen dinero y a veces hasta frutos del robo que lo comercian allí. Una ladrona me propuso la venta de gemelos legítimos de "Eibar" que decía recibir directamente de España.

Ladronas de tiendas que guardan sin embargo una compostura y una honradez pequeño burguesa, sin tacha, cuando están reclusas. Tienen un alto concepto de su labor, reivindican su derecho a ser bien consideradas en la sociedad y en su abono dicen que tienen hijos que educan en internados.

ANGÉLICA MENDOZA

Nunca se llaman a sí mismas “ladronas”; ni permiten que se les diga. A veces en un raptó de orgullo, cuando son ofendidas por las otras se ierguen y gritan: —“¡Ladronas sí; pero nó putas!”

Y hay en el gesto la misma repulsa que siente la honesta y pacífica señora burguesa, cuando se refiere a las “mujeres del arroyo”. Estas conceden en cambio una cierta jerarquía a las mecheras. Tal vez las admiren. Pero lo que es evidente es que las aprecian más que a las “locas Comunistas” que andan por la calle junto con los hombres gritando. “Esto es desmoralizador”.

Hay un tipo curioso de ladrona que intenta justificar ideológicamente su actividad. Una valenciana decía que empezó a robar cuando tenía 7 años y solo para llevar comida para navidad a los presos de la cárcel. Otras arguyen, que habiendo tanta riqueza detenida, es conveniente repartirla aunque sea a la fuerza.

Una vez preguntaron por la suerte que en Rusia habían tenido las prostitutas y las ladronas. Cuando supieron que se las obligó a trabajar en jornadas constantes, murmuraron:

—“¡Estos rusos, no dejan jamás tranquilo a nadie!”

* * *

Cerrando la marcha y mirando zurdamente, con un crío en brazos y otros a pie, entra la pordiosera.

CÁRCEL DE MUJERES

A veces es vendedora de estampas religiosas, otras explota la conmiseración, mostrando su maternidad en marcha y su descendencia concreta.

Su presencia es recibida con lamentaciones sinceras. Estas rameras lloran y se emocionan, como una dama o más que una dama ante la miseria en marcha.

—“¡Salvajes! ¡No respetan ni a las madres!”

Entonces comprendemos el hondo sentido democrático que anima esa protesta. La ciudad ideal para estas mujeres sería en la que encontrarán amplia libertad para su trabajo, el de las ladronas y pordioeras. Para afirmar ese postulado ellas hacen suyas las expresiones liberales de: libertad de trabajo y de acción. Nos parece oír toda una aspiración social democrata. Y en ésto hay también una identificación ideológica con la misma burguesía “honesta” con la cual conviven. De ahí su protesta por algunas de sus flagrantes contradicciones:

—“¡Vamos a la policía pa que nos saquen las fichas y luego nos encanan! ¡En qué quedamos!”

—“Es que tenemos que dar más plata; ¡por éso pagamos la multa! ¡Así tienen más perros!”

Las lamentaciones dadas a la madre son también una protesta. Luego las mujeres se encargan de entretener a los hijos; les hacen mimos y arrumacos.

Pero es un entretenimiento maternal dudoso y de proceso acelerado. Consiste en limpiar la niña, hacerle hacer con las ladronas camisas con breteles rosas y calcular si va a ser bonita o nó.

A veces cuando el niño es muy pequeño va de ma-

no en mano. Lo besuquean y hacen gestos admirativos; lo mecen, lo arrullan. Esto es el primer día; luego lo olvidan.

Las pordioseras traen una mugre académica. Plañen su abandono. Casi todas las jóvenes tienen marido y confían en que éste va a obtener su libertad.

Preguntan a cuanto asciende la multa; se les dice \$ 100. Luego alguien les escribe la carta para el marido y a los pocos días recobran la libertad.

¡100 \$ pagados en tres días! ¡Hay que reconocer la previsión de este gremio!

¡Y llevan polleras cuyas alforzas están duras de piojos y niños sucios y enfermos!

Otras, ya muy viejas, solas, abandonadas, desecho que con cinismo arroja día a día la sociedad actual, dejan pasar sus momentos en el cómodo regodeo del asilo. Dejan en él sus piojos, su sarna, engordan y platican amablemente en la penumbra de un cuarto. Viven las horas en un abandono filosófico; tienen un sentido equilibrado y burgués de la vida. Esperan la muerte y viven el abandono. No hay trascendencia que las conmueva. El olor dulzón y acre de la mugre conservada amorosamente como un atributo, las acompaña del patio a la cama. Lo dejan allí y lo redescubren a los quince días cuando regresan.

No comen en la mesa común; en el patio frente al sol aguardan la ración. A veces lloran por el pan. Entonces corre algunas de las mujeres y satisface el pedido. Hay una solidaria conmiseración, algo así como una identificación de estados.

CÁRCEL DE MUJERES

Un día cae un ser nuevo, distinto personal, esquivo. Casi siempre es rubio. Es la vaga. Habla alemán o inglés. Hay en ella una tal dignidad de su abandono que jamás lo empañña junto a la mendiga doliente. Habla sola, come aislada, mira desde la atalaya de su mugre y no agradece jamás el plato de loco. Lo come como un deber. Duerme sin rezar. Rechaza los niños y la jarana del mujerío.

Otras veces el espectáculo se acriolla. Cae la ebria vergonzante, que antes fuera rea de fuste. La noche pasada en el calabozo no la desembota. Viene lamentándose de la injusticia, ¡Total por un traguito!

Reza con unción y llora con frecuencia.

Alguna hembra basta, madre de familia cae por un mes. Es un miembro honorario y vitalicio de la vinería Superiora. La noche anterior rompió en la cabeza del vecino o del marido, el plebeyo vidrio de la botella de vino carlón entenebrecido de campeche.

Son mujeres de cuchillo. Están listas para el golpe. Constituyen las tributarias de las prostitutas; les lavan la ropa, cuidan el baño. Reciben como regalos, ligas viejas, camisas de opal, sacos tejidos, polvo y pintura.

¡Plena República de Androjos!

El Asilo es el embalse, la confluencia de las corrientes pútridas de la sociedad.

Los policías hacen de espumaderas de esa fermentación. Todas las noches cosechan... y al día siguiente brotan del mismo seno nutricio. Prostitutas, las más, ebrias, mendigas y vagas fluctúan de arriba

ANGÉLICA MENDOZA

abajo en el hervidero social. Pero la gran prostituta que vive con los prohombres de la burguesía, la gran dama que roba en las mesas de bridge, la distinguida muchacha que se embriaga en los speakeasy escapan a la persecución policial.

Caen las capas pobres de la mendicidad y de la prostitución.

* * *

De los cuatro puntos cardinales afluye el hembraje. La noche pastosa, húmeda y embreada de la ribera, rayada de amarillo por la luz que trazan las puertas de los cafetines al abrirse, enriquece el venero amoroso de los marineros y estibadores fortachos y simples.

Ellas son camareras o chistan en las calles a los Marius de todos los puertos. Se embriagan y hacen el amor a gritos y a golpes.

Las mujeres, clinudas y brillosas de gomina, se despeinan y rasgan el ambiente con el relincho áspero de su alegría, que se triza en el humo.

Ellos serios y torpes se atufan de angustia. Olor a mar, a pipa y axila de hembra sucia.

El Riachuelo de agua lerda encanallada de aceite, carbón y tierra, bordea la feria en donde los hombres acallan el trémolo profundo de la especie.

Se abren de par en par las puertas del bar. Entra el Orden. Siempre mal trajeado, pañuelo de seda al cue-

CÁRCEL DE MUJERES

llo, mirada insolente. Es el “perro” que husmea la caza. Tres, cuatro, cinco mujeres son conducidas por incitar. Se cumple una misión social; el salario del estibador que élla lleva en la liga servirá para pagar la multa en la paz monacal del Asilo San Miguel.

25 de Mayo y Lavalle. Público de teatro verde; viejos dignos y jovencitos pecadores. Sensualidad gastada o aflorando al conjuro de los bailes de las hermanas Solzona o a los cantares de la bella Triana.

Afuera altoparlante; propagandista de los paraísos baratos del interior. Adentro, humo, gritos, hombres y mujeres. Cerveza barata. Estridencia (de la risa de los hombres que pugnan por alegrarse.

En el escenario una mujer baila.

—¡Que saque la teta!

Y ella baila, pesada, carnosa, en un revoleo de ancas españolas que hacen temblar el ambiente.

Y el hombre mira y goza y sufre y anhela. ¡El Hombre! ¡El dueño de la calle, de la casa, de la oficina y del Estado!

* * *

Cafetín de Leandro Alem. Chinaje de Misiones, Chaco y Formosa. El norte y el Oeste argentino. Fueron sirvientas; ahora “trabajan” en el Nelson, el el City...

ANGÉLICA MENDOZA

A veces un vaso de cerveza se rompe en la cabeza de una competidora desleal.

Sentadas muestran sus piernas maquinalmente; tararean la rumba que la orquesta de ruidos fantásticos toca; sonríen y ponen luz en los ojos cada vez que el hombre entra al bar. Miro desde la calle y tengo la percepción de un muestrario grotesco de la pobre, de la mísera alegría que le toca en el reparto a la parte más humillada de la humanidad!

* * *

La vida de cualquiera de estas prostitutas es lamentablemente lógica y simple. Tienen un concepto del vivir, producto de su papel social que justifica todas sus actitudes. Viven un mundo aparte con su código social, con sus restricciones y obligaciones. No les interesa el mundo de la "honestidad".

Cuando hablan de las demás mujeres, lo hacen con despego y sin odio.

La vida emocional está a flor de piel. Su alegría es ruidosa, áspera y breve. Está estandarizada. Cuando lloran, hipan. No saben llorar despacio y para adentro.

Se enternecen viendo a un Cristo sangrante, oyendo la narración de los martirios de una virgen.

No leen jamás ni siquiera las malas revistas. Dificultosamente saben escribir.

El régimen monacal del Asilo y de la Correccional

CÁRCEL DE MUJERES

les infiltra una religiosidad exacerbada. Concurren por obligación dos veces por día a la Capilla, rezan al acostarse y al levantarse, antes y después de cada comida y durante las horas de clase. Es una lenta y segura intoxicación de culto religioso carente de misticismo.

Jamás ahondan su sentimiento. Aceptan la religión que se les inculca y en la que encuentran tolerancia a su condición y una recompensa futura. Ese Cristo que ama a una Magdalena, justifica sus vidas y las anima en la esperanza de una redención después de la muerte. Creen a pie juntillas en la acción de un Dios sobre los actos humanos y a él se encomiendan cuando reinician su "trabajo" en las plazan y en las calles.

—“¡No volveré por aquí si Dios me ayuda!”

—“¡Dios y la virgen santísima me han de proteger para ganarme la multa en la primer tarde que salga!”

* * *

Son tolerantes para con sus propias miserias. No les preocupa el juicio de las demás mujeres. Pero en el fondo de su conciencia hay un resentimiento y violencia que estalla cuando se sienten despreciadas. Entonces sostienen con áspera jactancia la miserable dignidad de su "trabajo". Hay entre ellas una correntada de solidaridad sentimental. Cuando trotan por las calles, jadeando de esquina a esquina se encuentran con

ANGÉLICA MENDOZA

sus "colegas" se saludan con el significado de una hermandad. No toleran en cambio que en su recorrido se les interponga otra; entonces son feroces.

No conciben que una prostituta tenga una hermana que aún no haya largado al "trabajo"; ésto significa una defección que no pueden admitir.

Sin embargo son incapaces de rebasar el concepto con que la sociedad las envuelve; no pueden prescindir de él ni olvidarlo. No permiten que nadie las califique, pero éllas mismas se insultan entre sí echándose en cara su condición de prostitutas. Significa ésto, que en su limitada vida interior aceptan el desprecio y se consideran despreciables. Cuando algunas de éllas, olvidando sus deberes, juzga desfavorablemente algún gesto o actitud de otra, las demás le dicen:

—“¡Callate! ¡Todas somos iguales! ¡Todas somos mujeres de la vida!”

Con las detenidas sociales guardan una curiosidad hostil. Cuando pueden las ofenden con el gesto y palabra. La reserva y la seriedad de las presas políticas las irrita; entonces se hacen provocadoras peligrosas.

—“¡Si estas decentes se asustan o nos tienen asco, que no vengán al Asilo! ¡Esto es para las girantas!”

Su comentario ante cinco compañeras que fueron conducidas allí, fué el siguiente:

—¡“Qué lástima! ¡Hay algunas tan bonitas!”

* * *

CÁRCEL DE MUJERES

Es posible reconocer capas sociales en este contingente. Grados de su miseria social y económica permiten reconocerlo. Las mujeres traídas de la plaza Once, puentes del Ferrocarril, calle Venezuela, alrededores de Constitución, la Ribera y Leandro Alem, constituyen el proletariado de la prostitución clandestina. La calle Esmeralda y todo el radio que comprende Carlos Pellegrini a Florida proporcionan un elemento mejor vestido y alimentado.

Económicamente se puede hacer una escala de rendimiento del trabajo y eficacia de su explotación partiendo de los datos que proporcionan: número de individuos y monto de la ganancia. Así hay mujeres que los días sábados llegan a ganar 80 a 90 pesos sin contar la pieza; el término medio hace 30 a 40 pesos y las más infelices 10 o 15 pesos. Otras el "lumper proletariado", por centavos, o por la comida o la cama cumplen su cometido.

Las relaciones de estas distintas capas están regidas por una suerte de convivencia y de tolerancia mutuas, pero que desaparece en presencia de la víctima a explotar: el hombre. En ésto ya interviene la lucha de competencia.

Y resulta grotesco cuando no trágico oír las discutir sobre ese problema. Hay jactancia, mentira y malicia al exponer el éxito de sus medios de trabajo y persuasión. Y en ese duelo de falsedades ninguna quiere conceder a la otra el placer de creerle más eficaz y hábil en la pesca del hombre, sino que todo lo atribuyen a la suerte.

ANGÉLICA MENDOZA

La diferencia social tiene también expresión en muchos aspectos de su vida. Las capas más favorecidas tienen clientela más calificada de quien han aprendido algunos vocablos cultos. Citan en voz alta el nombre de muchas personas conocidas sobre todo entre los periodistas y gente de teatro. La dolorosa intimidad de esas individuos sirve para hacer comentarios burlones y despiadados. Esa clase de prostituta, tiene un cierto sentido social que la hace vestirse mejor, pintarse con más arte, tener más higiene y un cierto pulimento total que la valoriza.

En cuanto al tipo medio, viste con más modestia, a veces no usa sombrero, su ropa interior es más sencilla pues sólo el opal está a su alcance, y es menos fanfarrona. Su mercado lo constituye el hombre medio, el empleado pobre, cierta clase de obrero. Su máxima aspiración es llegar a ganar 90 pesos los sábados.

En cuanto al proletariado, lo constituyen las de los suburbios y las plazas. Pasan hambre, huelen mal y su vestido es pobre. Hay muchas viejas entre ellas; es decir mujeres de cuarenta arriba. Reclutan también a las chinitas jóvenes que se escapan de las casas donde sirven como criadas.

* * *

Su punto de vista para considerar el significado de su condición es muy interesante. Defienden apasionadamente la condición de trabajo, del comercio sexual que efectúan.

CÁRCEL DE MUJERES

Si nos situamos dentro de la realidad social que vivimos es posible que tengan razón. En efecto es una actividad que solo tiene valor en una sociedad de clases en la que no solo una clase explota a otra y vive a sus expensas, sino también en la que media humanidad -- la mujer -- vive oprimida por la otra, el hombre.

Por un lado cientos de mujeres que viven la monotonía de sus vidas en el encierro y el alejamiento de los hombres; por otro millares de hombres que viven aplanados por la solución miserable de su urgencia sexual. Para satisfacer a éstos perseguidos del hambre de la especie y para guardar la virginidad de ellas, la civilización lanza al mercado una nueva mercancía: la prostituta.

La prostituta que corre detrás del comprador no cree realizar una labor deprimente ni trascendental. Simplemente un cambio de valores. Ella dá el goce, el hombre el dinero. Existe en esta situación una correlación de valores que están condicionados por la ética capitalista.

Hay un hecho que la prostituta ni admite ni perdona ni justifica y sí encambio, la humilla profundamente: cuando el hombre no paga el precio del goce. Y es en esto que radica esencialmente su moral, su moral burguesa, su moral de explotadora de su sometido: el hombre.

Cuando se refieren a él, lo hacen en condición de empresarias: discuten las posibilidades del mercado, el tiempo a emplearse y la energía a gastar. Para la

ANGÉLICA MENDOZA

prostituta no hay hombres, hay tipos: "Un tipo quería que le hiciera esto". "Un tipo que me vió las piernas"; "A cada tipo hay que hacerle el gusto"; "¡Ché! Me salió un tipo llorón que me dijo que se había enamorado de mí"!

La conquista del "tipo" absorbe su vida. No hay nada que no le esté dedicado. Come para tener buen palmo, se pinta por el éxito, se cambia ropa interior por necesidades del "trabajo", se despioja para poder cotizarse mejor, añora la libertad nada más que para proseguir su actividad, va al cine a ver si pesca un "tipo"; come, duerme, descansa, camina, lucha, se viste, se caíza, llora, ríe, siempre con vistas a ese comprador anónimo que deambula solo por la ciudad.

* * *

Su sentido estético es limitadísimo. Carece del más mínimo refinamiento que la idealice. No conoce la armonía en el colorido ni la gradación deliciosa de los matices. Los tonos pastel que desdibujan en un ambiente luminoso la dureza de las líneas y de las actitudes, no son sus preferidos; los tonos cálidos que hacen transparentes los cutis morenos, les son desconocidos. Pero, lo violento, lo chillón, lo áspero, envuelve sus cuerpos poniendo una nota hiriente a nuestra visión. El negro, adquiere aspecto canallesco cuando es utilizado en sus ropas.

No tienen sentido de la oportunidad; vestidos de

CÁRCEL DE MUJERES

hilo y zapatos de satin con tacos dorados; sacos de punto cubriendo el brillo del fulgurante. Perfumes violentos que marean por el exceso de alcohol, jabones oliendo a esencia de nirvana derrochada con siria generosidad.

Su cuidado personal se reduce a una higiene muy somera, pero eso sí su aspecto decorativo externo no es descuidado. Desde la mañana se tiñe de azul o negro los párpados, coloca el rimmel y los coloretes amen de un lunar en la mejilla o en el mentón, se depila las cejas y coloca gomina en sus cabellos.

Sus hábitos coinciden con ese cuadro externo. Son haraganas pues no saben coser, ni bordar, ni tejer, ni zurcir, ni confeccionar sus ropas. Les place permanecer echadas aunque sea en el piso, sin cuidar sus prendas. No tienen amor por sus ropas. Una mujer cedió un tapado de loutre para que durmiera sobre él a una negra sudanesa, que se tendía largo a largo en el patio. Usan las medias hasta que se les rompen, luego las arrojan sin lavarlas ni haber sufrido un zurcido. Unas a otras se roban con limpieza y nadie siente la ropa perdida. Es frecuente verlas andar sin medias por haberlas perdido o por que ya se han roto.

Ese desprecio absoluto por la prenda de vestir debe ser la consecuencia de la condición de su trabajo. Tienen conciencia de la facilidad de la ganancia y saben que el mercado siempre está abierto.

Su tipo es genérico. Posee una primitiva estilización de rea que se repite en cada una de ellas. Por éso es tan fácil identificarlas hasta en un ambiente como el

ANGÉLICA MENDOZA

de la mujer actual en que todas se pintan y todas son llamativas. Pero la prostituta carece de personalidad física, plasmada en la elegancia, en el ritmo, en la armonía y la finura. Es producto de la calle, de la milonga, del conventillo, y de esas típicas casas de pensión que llenan el centro de Buenos Aires.

* * *

Hay sin embargo en su vida rasa un resquicio más humano. Ese ser que se deja amar por miles de hombres sin compartir su ansia, es una pobre cosa amorosa ante el hombre que industrializa su actividad.

No existe para ella el explotador ;hay sí un hombre más adiestrado en la mala vida burguesa que organiza en gran escala el trabajo de la prostituta, lo asegura, lo estandariza, lo controla y lo defiende. Cuando no tienen ese hombre que las guíe son pobres reas que se mueren de hambre.

La actitud sentimental de esa mujer hacia ese hombre es de infinita gratitud. En más de una ocasión las oí decir: "éllos son los buenos, nosotras las malas".

La audacia de que hace gala la giranta cuando se lanza, se respalda en el hombre, en el "marido" ocasional. No le preocupa que la detengan pues sabe que su "marido" pagará la multa para que su "trabajo" no se resienta. Admira su prepotencia y sus antece-

CÁRCEL DE MUJERES

dentes delictuosos porque ellos abonan en favor de su protección.

Ella gasta tontamente su dinero, él le enseña a ahorrarlo; élla repite la actitud inconsciente en el amor, él le enseña técnicas diversas que valoricen su "trabajo"; élla se abandona, él la atenaceo; élla se enferma, él la obliga a cuidarse y a sanar; élla es sucia, él le enseña a bañarse; élla es ordinaria, él la suaviza; élla es el instrumento de trabajo, torpe y pesado, él es la acción, el pensamiento, la voluntad.

La burguesía comete una injusticia con los caftens. Son su más pura expresión, los puntales más seguros de su organización familiar, los intérpretes más fieles del alcance filosófico de su hipocresía. Racionalizan un trabajo disperso y sirven de nexo entre la policía guardadora del orden y la prostituta que gira clandestinamente.

El amor de esa mujer al caften es torpemente humano. Admira su vida y sus hábitos de parásito. Ante la imaginación limitada de esa mujer, que debe asegurar su existencia en un medio social que la crea y la persigue, el caften rinde una misión providencial. A conciencia se deja vender y a conciencia busca otras mujeres que la ayuden en el mantenimiento de su típica sociedad "conyugal", a fin de no perder al "hombre". Porque éste es para élla el "hombre".

* * *

ANGÉLICA MENDOZA

El castigo como medio para asegurar la dominación de la mujer es un falseamiento sentimental propio del ambiente criollo. Pero la verdadera conquista de esa mujer está sin embargo en algo muy distinto: en la mentida ternura de que hace gala el hombre después de su brutalidad y en la seguridad de que sabrá cuidarla y protegerla.

Ninguna inquietud turba su vida. No comprende por qué las mujeres han de luchar por un mundo mejor cuando éste es el mejor de los posibles siempre que el "trabajo" rinda. No existe pues esa creación sentimental de una mujer víctima de su miserable condición que llora por la honestidad perdida y ansía la venida de un apóstol que la redima. A ella le "esgunfian" los sentimentales que la quieren sacrificada y desolada. A ella le "escorchan" los intelectuales que a lo Samblancat la elevan a la categoría de María Magdalena, lista a ascender un calvario en pos de algún pobre Cristo. No hay nada más que "trabajo". Hablan de él como un oficinista de su labor y un profesor de su cátedra. Son mujeres que piensan lo mismo que las demás mujeres burguesas y aspiran a imitarlas en su vida muelle e irresponsable. Su estada en la cárcel o el Asilo es un hito en su carrera diaria.

He conversado con algunas de esas mujeres durante su permanencia en el Asilo. Quise saber cuántas estaban cansadas de esa vida y cuántas aspiraban a transformarse en trabajadoras de verdad en fábricas y talleres.

De las doce o quince mujeres interrogadas dos con-

CÁRCEL DE MUJERES

testaron afirmativamente a la primera pregunta. Una hacía apenas un año que se había “largado” y aún no conseguía sacar su anterior sueldo de mucama; la otra era ya vieja y decía tener que vencer muchas dificultades para hacer la honrada a los cincuenta años.

En cuánto a la segunda pregunta obtuve respuestas muy concretas: “Se trabaja como un burro y no se gana nada”. “Se muere uno de hambre y cuando quieren los patrones nos echan a la calle”.

En la lucha social son pues tan negativas como cualquier mujer burguesa; son burguesas por su mentalidad y lumpes proletarias por su condición social. No conciben una sociedad distinta. No se creen explotadas ni víctimas del régimen, porque si lo entendieran así, dejarían de ser prostitutas o ladronas. Ignoran el significado social de su existencia. Sólo saben que el matrimonio burgués exige la virginidad femenina pero no la masculina, pues mientras el hombre inicia con ella su experiencia sexual a los trece años, la mujer debe anular sus años mozos y aguardar el matrimonio. Sabe que toda la vida sexual del hombre desde la pubertad, la segunda juventud está resuelta dentro de la prostitución y solo se preocupan de llenar su misión lo más fructíferamente posible. Naturalmente que sin previsión, sin inteligencia.

Algunas de esas mujeres han conocido la maternidad. Esa creación sentimental de la madre a que nos tienen acostumbrados la moralista literatura burguesa, no la he visto encarnada en ninguna de esas jóvenes desaprensivas ni en esas viejas claudicantes.

ANGÉLICA MENDOZA

Una muchacha de 23 a 25 años, la más rea de todas y fruto de la educación del Buen Pastor, en presencia del hijito de una zíngara apresada por mendicidad, se acordó de improviso que élla una vez tuvo un hijo.

—“Madrecita! ¡Dios no quiso dejármelo y me lo quitó! Y ahora me manda éste, para que lo cuide”. — Y acunaba al chico.

—“Ustedes no sabían que se me murió el “coso”? Era un rico tipo. Yo me iba a la cocina y le hacía mu-mu- y él se callaba. Luego le mostraba la teta y le decía: ¡te gusta, gran sinvergüenza!... Se me murió por unas macanas a la barriga.”

Jamás viven una vida interior. Piensan en voz alta, cuentan sus deseos, narran sus inquietudes a quien se presta a oírlas. El silencio es el más feroz de los castigos.

No ocultan sus miserias; hay en ese impudor un desafío a todo lo que significa equilibrio.

Viven exaltadas, con cóleras tormentosas y alegrías chillonas. Pasan sin transición de un estado a otro; son discordantes, estrafalarias, sin una fluencia continua de una personalidad encauzada. El hondo y simple sentido humano que hay en la entrega de una mujer al hombre, no puede existir en éllas. Lo eterno, universal y maravilloso que tiene el amor pasa desapercibido en sus vidas, porque está anulado en éllas lo espontáneo, lo propio, lo íntimo.

Y lo más trágico en esta deformación colectiva de contenido del vivir, es que las circunstancias, el hecho

CÁRCEL DE MUJERES

social de la esclavitud femenina, encierra a estas mujeres, en el círculo de hierro del comercio sexual sustrayéndola a cualquier otra preocupación, anulándolas para todo lo que no sea su mecánica jornada.

Frente a ellas, hay en cambio, hombres solos, torpes, ingenuos o pervertidos, que necesitan amar; mientras millones de mujeres honestas se agostan en la prohibición de la moral, a la espera del marido que tarda en llegar.

.....

Caen todas las mañanas nuevas mujeres.

—“Antes, a causa de las elecciones, dejaban tranquilas a las mujeres. Pero, como ahora no tienen nada qué hacer, empiezan de nuevo”.

Estamos en clase.

María Gauna acentúa su tic nervioso. Una mujer recibe la orden de retirarse. Son cuarenta años deshechos, atorrantes y sucios. Al salir, se dirige a un grupo de prostitutas jóvenes:

—“¡A ver, démen pintura y crema pa' arreglarme; si no, no me va a querer mi compañero!”

Las otras se sonríen de soslayo. La mujer se pone vaselina en el rostro, se colorea con carmín y se empolva. Nota las sonrisas.

—“¡Qué quieren las que me miran! ¡Al fin y al cabo todas somos mujeres de la vida!”

Termina de pintarse y sale arrastrando las chancletas.

ANGÉLICA MENDOZA

—“¡Tiene razón! ¡Más jóvenes o más viejas, aquí todas somos iguales! ¡Todas hacemos el mismo trabajo y a nadie estafamos ni un centavo!”

—“Pero aquí hay algunas, que parece que fueran a mancharse si las tocamos” — dice una francesa, que ha caído esa mañana y nos mira desafiante. — “Somos también mujeres y nos duele que nos traten con desprecio!”

Una mechera, que con su grupo se aísla de las prostitutas, conversa en voz baja:

—“Mi marido me ha dicho: Si andás con los giros y aprendés porquerías, te parto la boca!”

—“¡Yo quisiera tener un hijo!” — dice una gallega.

—“¿Para qué? — dice María Gauna. — Después te van a explotar. Hay hijos que hacen trabajar a la madre. Yo conozco una viejita que trabaja para el hijo”.

—“Lo criaría bien — continúa la gallega. — Hay madres que están todo el día machaca que te machaca con el hijo. Al hijo no hay que golpearlo. Yo soy hija de matrimonio legal y me gustaría tener un hijo para asentarme”.

—“¿Qué hacés que no aprovechás en la primer salida?”

—“Lo pior está en criarlo. Después le faltan al respeto. Ya ven, yo tengo dos hijos muy bien empleados, uno en Comodoro Rivadavia y sin embargo ando pidiendo limosna” — llora una vieja.

—“¡Cómo pa' pensar en hijos estoy yo! — dice una flaca y bizca. — Cuando no ando en el trabajo, estoy aquí”.

CÁRCEL DE MUJERES

Una mujer rompe a llorar. Es María Gauna.

—“¿Qué te pasa?”

—“Llora, porque encontró un piojo en el sobaco”.

—“¡Vaya la delicadeza! Todas tenemos piojos y no decimos nada”.

—“Yo tengo piojos hasta en la sombra”.

—“¡Bueno, si los tenés, callate!”

—“¿Ché; te acordás cuando la Carmen hervía las frazadas y los piojos nadaban?”

—“¿Y, ahora, vos creés que no hay en las camas?”

—“Claro que hay. Pero antes, hace dos años, vos los pisabas en el suelo”.

* * *

En la paz nocturna me evado de esta dolorosa realidad. Pero alguien llora cerca de mi cama. Recuerdo que es una mujer alta, bien plantada, que vino esta mañana.

—“¡Qué vergüenza!” — dice en voz baja.

—“¿Vergüenza de qué?” — pregunto, asombrada.

“¡Yo no soy una atorranta de ésas!” — Llora con hipos. — “Soy bailarina y hasta hace poco estaba empleada. En el cabaret encontré un amigo que me dijo que me protegería y me sacó de allí. Luego lo perdí...”

—“¿Y, ahora?”

—“Me largué a la vida, porque tengo un hijo de 11 años en un colegio y no estoy acostumbrada a ningún trabajo. En cuánto hice la primer salida me tomaron presa. ¡Es una vergüenza!”...

La mujer prosigue el llanto hasta muy tarde.

ANGÉLICA MENDOZA

Estoy despierta. Miro la noche que se recorta en el cuadrilongo azul oscuro de la abierta ventana. Siento la respiración de las cien mujeres que duermen conmigo y el olor de sus axilas, pesa como una emanación húmeda y pegajosa. Una extraña pavora me invade.

Tengo un ansia de evasión. Pero el dormitorio permanece cerrado toda la noche herméticamente con llave. No hay la menor posibilidad de que se abra la puerta ni aún por enfermedad. De mañana a la seis la religiosa abre la puerta, ordena rezar y recién es posible la salida, sólo por minutos, hacia los servicios.

En plena noche, estas mujeres que no guardan ni la menor disposición higiénica, se levantan para orinar o en accesos horribles de descompostura. Corren al fondo del dormitorio y allí en unos baldes, descargan su miseria, ante nuestros oídos que no son sordos y ante nuestro olfato que subsiste a pesar del entrenamiento.

A la seis, hay inusitado movimiento en los dormitorios. Se levantan los colchones, para sacar debajo de ellos las medias y demás prendas de vestir, pues, se roba como en campo descubierto. Someramente se tienden las camas sin ventilarlas. Pueden ocurrir que el día una recluida, salga en libertad; entonces la gallega guardiana utilizará la misma ropa de cama y el delantal, a pesar de que, la que ingresa, paga para que se le dé ropa limpia.

Nos encaminamos hacia la capilla. Permanecemos fuera las detenidas sociales.

Vaharadas de incienso nos envuelven, pero un olor más penetrante y adherente nos sahuma.

CÁRCEL DE MUJERES

¡Olor! ¡Olor de mujer! Olor pesado que impregna la ropa, el velo, la cama, que llena los vanos de la escalera, los resquicios y se cuele por las rendijas de las puertas para asentarse en los bancos! Cada pliegue de pollera que se mueve, cada elevación de brazos y cruzar de piernas, exhala ese olor que serpentea y se acurruca en la nariz y en la garganta.

Apretujadas en la capilla, sudorosas, rezando en voz alta y monorrítmica, son un haz de innoble resina que expande hasta la cara sangrienta del Cristo, la emanación acre de sus miserias.

—“¡Pobrecito, nuestro Señor! ¡Mírenle cómo le clavan las espinas!

—“¡Yo le prendí una vela a la virgen pa' que me ayude a salir pronto. Es tan buenita la virgen que me va a hacer el milagro! ¡Con los primeros pesos que gane me voy a comprar un escapulario pa' llevarlo siempre colgao!”

IV

—“¡Ñata! ¿Me estás haciendo el retrato!”

María Gauna observa como trazo su perfil.

—“¡Esperá que me ponga un poco e' pintura pa' estar más linda!”

La mujer me tutea y yo no me animo a reprenderla.

—“¿De dónde es usted?”

—“Yo soy santiaguëña, pa' servirla”.

—“¿Cuántos años tiene?”

—“Treinta y nueve. Vieja, ¿no?”

Normia la vendedora de cocaína, se acerca y tercia en la conversación.

—“Esta mujer ha sido una de las mantenidas de más lujo. Hasta hace unos cinco años venía con regios tapados de piel y pagaba multas de 150 pesos. Ha sido una gran bacana! ¡Ya la vé ahora!”

—“Sí, yo tuve departamento y sirvienta. Usaba joyas. Pero, ahora soy una porquería. Pero el sinvergüenza que me envició, también las está pagando! Fué un chileno que me arruinó, robó y me enfermó! Ahora él está en la cárcel por ladrón...”

ANGÉLICA MENDOZA

.....

—“Ahora ando por los boliches, recogiendo una copita allí y otra allá. A veces mis antiguos conocidos me encuentran y me dan para comer. Y así voy tirando. La vida es una rueda. ¡Fuí linda y gran hembra, ahora soy una borracha piojienta!”

María Gauna llora. Su tic nervioso se acentúa. Mueve sus hombros en un estremecimiento espasmódico.

—“¡ Si será sonsa, llorar por lo que fué!”

.....

“¡Qué lindo es éso! ¿Así se teje con dos agujas?”

Una chinita, cara inconfundible del norte argentino se sienta en el suelo. Cara pequeña, melena alborotada, boca casi sin dientes.

—“Usted debe estar muy triste porque está con nosotras. Pero no vaya a creer que todas somos arrastradas. A veces nos acordamos que no fuimos lo que somos.

—“.....”

—“Yo soy del Chaco, Resistencia. Vine a servir y después me largué. Tengo 18 años, pero en la ficha figuro con 23 pa' poder trabajar.

—“.....”

—“¡Y qué quiere! Uno se acostumbra; sola y con alguien que la empuja...”

—“El trabajo no es malo. A veces uno tropieza con cada tipo! Cada día los hombres están más exigentes.

CÁRCEL DE MUJERES

Los viejos, con sus mañas y ahora hasta los pebetes les dá por hacer porquerías!

—“.....”

—“El día antes de caer aquí, me topé con un tipo que quería a toda costa ponerme un vidrio en la boca para no sé qué chanchada. ¡Me le escapé gritando! Los hombres son más puercos que nosotras. Pero, qué le vamos a hacer; es el trabajo...”

—“.....”

—“¿Ganar? Yo me asombro francamente cuando oigo a las otras que dicen sacar hasta 90 pesos por noche. Tal vez los sábados y según los barrios. Hay veces que son las dos de la mañana y no he ganado ni pa' pagar la cama! Los tipos le piden rebaja y la escorchan tanto que a veces por un peso me voy con ellos”.

—“.....”

—“¿Gustarme? Uno se acostumbra El trabajo es sencillo mientras no sale alguno pidiéndole complicaciones. Pero, yo hace un año que empecé y no me he olvidao que soy criolla. ¡No las voy con vueltas! Las otras sí, porque ellas tienen maridos y les enseñan habilidades pa' que ganen más. Yo soy sola... ¡No tengo nadie que me pague la multa!”

—“.....”

—“A veces me canso. Todo el mundo se mete con uno. Cuando no es el diariero que la insulta es el vigilante. A éste hay que aflojarle algo. ¡Si no, caeríamos todos los días presas!”

—“.....”

ANGÉLICA MENDOZA

—“¿Al fin y al cabo, qué harían los hombres sin nuestro trabajo...?”

* * *

Ojos verdosos con pintitas doradas, duros y gatunos; nariz aplastada brutalmente en la base, dientes asimétricos, palabra rea y acento bronco. Pulpa en la piernas, grasa en los senos. Esta es la hermana de la Laura, Marta Requelme.

—“¡Miren, mujeres! — se señala el seno. — Grandes y duras y no blandas y colgando como las de la Laura. A mi me conviene el trabajo en un sitio seguro donde pueda lucir el cuerpo.

—“¿Cuándo salgás te metés en un quilo?”

—“¡Y claro!... La noche que nos agarraron yo estaba esperando un francés que me iba a colocar. La jetta fué que llegó la Laura”.

—“¿Y vos, cuánto sacás en la calle?”

—“Mirá; yo no sé trabajar por mi cuenta en la calle. Al principio se largó la Laura. Ganaba lo que quería, pero se abandonaba, ¿sabés? Yo le ayudaba en la casa mientras ella salía. Una vez vino a casa un tipo y me tocó. “¡Sos una sonsa! Vos podés ganar lo que quieras. ¿Por qué no te largás?” Y después salí. Pero la Laura me embatataba. Me gritaba a cada vuelta: “¿No vés ese viejo que te está mirando? ¡Sós una sonsa!” Y vos sabés, yo soy tímida. Y siempre es así, porque ella me gritaba mucho al principio...”

—“¿Y a la Laura, le vá bien?”

CÁRCEL DE MUJERES

—“¡Gana lo que quiere! Antes anduvo con todos los artistas de teatro. Pero, si anda sola y no tiene quién la sujete, se abandona. Ahora con el marido que tiene, trabaja bien. ¡Se gana los sábados hasta 90 pesos! Es una descarada!...”

—“¿Ché, vos sabés porque la encanaron a la Olga Fernández?”

—“¡Qué sé yo! Le pegó a un auxiliar de policía unas trompadas”.

—“Esa de seguro la pasan a la Correccional.”

—“¡Allá hay una monja de mala!... Te tiene de línea, ché.”

—“A la Laura y a mí nos conocen todas, porque nos hemos criado en el Buen Pastor... Nuestro padre que era vigilante, murió. ¡Vieras, qué rico tipo! En la parada que tenía cuidaba a todos los gatos de la vecindad.

—“¿Y es cierto que el marido de la Laura es lindo?”

—“Es un cafishio bravo. Ha sido también de la Policía. Hace unos años mató a uno de siete puñaladas. Está bien relacionao con la policía. ¡Tiene una pinta!”

... ..

—“¡Me encanaron anoche! Esa esquina desgraciada de Cangallo y Libertad, donde cayó también la gorda aquélla”.

Habla una muchacha, tipo de reíta simpática. Camina

ANGÉLICA MENDOZA

asentando con fuerza los talones y meneando los brazos a compás.

—“Ché, Isolina: ¿qué sabés de la política?”

—“El pueblo está con la Alianza. La otra noche salí con unas muchachas socialistas a pegar carteles”.

—“¿Y tu marido sigue encanado?”

—“Sí. Está en Devoto. ¡Bah! Es chorro, pero también trabaja. Tiene un camión en Mataderos.”

“.....”

Isolina camina de un lado para otro en medio de una sostenida jarana.

Toca nuestra labor y dice:

—“¡Qué lindo bordado!”

—“Esta es la cuarta vez que me traen.”

—“¿Y no le gustaría más vivir en paz?”

—“¡Y qué se le va a hacer! Vamos a ver si dentro de un año nos arreglamos. Cuando tengamos unos pesos nos vamos afuera donde no nos conozcan y la trabajaremos de decentes.

“.....”

—“Yo fui empleada de la Piedad. Me acuerdo que la primer venta que hice, fueron 600 pesos en seda para Blanca Podestá.

—“¿Y cómo pudo cambiar?”

—“Y... lo de siempre. Me metí con un muchacho de buena familia que tenía plata. Me dió dos hijos y luego se cansó de mí. La nena se llama Beatriz y el pibe como el padre. Son dos pibes muy lindos. Me los

CÁRCEL DE MUJERES

ha querido quitar, porque, según él, no es decente lo que yo hago.”

“.....”

—“¡Ni pienso exigirle que me los reconozca! ¿Para qué? ¿Para que me los quite?... Déjelos así no más. Yo vivo ahora con un muchacho de Mataderos. Pensábamos que con un año de trabajo mío, nos íbamos a poder arreglar; pero han ido mal las cosas. Ya vé, con ésta son doscientos pesos de multa que he pagado en seis meses.”

“.....”

—“Vivo en una casa de socialistas dónde, claro, no saben lo que yo hago. A las nueve de la noche me visto, hago dormir los pibes y luego me voy a mi recorrida. Por noche me hago de treinta a treinta y cinco pesos. No vaya a creer que estoy enferma. ¡Siempre tomo mis precauciones! ¿Quiere conocer a mi marido?”

Muestra una fotografía, hecha con motivo de una peregrinación a Luján. Miro y veo un muchacho simpático. Parecen una sencilla pareja proletaria. Ellos quieren progresar y su lógica es burguesa. Ella se prostituye y él roba.

* * *

Estamos sentadas cerca de la Capilla. Se celebra el mes de María.

Las reclusas cantan con unción ejemplar:

ANGÉLICA MENDOZA

Venid y vamos todos Con flores a María...

El órgano expande sus sonidos en el estrecho recinto de la Capilla. Las notas se ahogan, arriba en el techo bajo y plano, abajo en las voces ásperas, silvestres y discordes de mendigas, ladronas y prostitutas. De cuando en cuando un agudo que vuela como una saeta, nos recuerda que la voz de la religiosa superiora preside el coro.

Sale Isolina llorando desconsoladamente.

—“¡Canalla! ¡Las tiene qué pagar!”

Indago tal vez por curiosidad:

—“¡Mi hermanita, está ahí dentro con las muchachas del Buen Pastor!”

—“Pero, ¿cómo?”...

—“¡Se le habrá escapado a mi madrastra!”

Llora sin consuelo con hipos.

—“¿La vió élla a usted?”

—“Sí; yo me dí vuelta, porque la conocí en la voz, cuando cantaba. Cuando me vió se puso el dedo en los labios para que yo no hablara. No pude aguantar ahí dentro y salí afuera a llorar... ¡Es una lástima! ¡Tan chica!”

Su llanto acrece al escucharse sus propias palabras.

—“¡Está de novia! El novio es un muchacho que parecía bueno... Es un obrero. Tal vez el desgraciado se la habrá robado. ¿Y ahora, qué va a hacer?”

Luego me mira y me dice nerviosa:

CÁRCEL DE MUJERES

—“Pero él vá a tener que casarse; ¿no es cierto? ¡Ella es menor de edad! . . ¡Sí, sí; va a ver cuando salga, voy a revolver el cielo y la tierra para que se case!”

* * *

Meridiano puro, azul prúsico.

Los cuerpos no proyectan sombra. Plena luz, pleno aire.

Entonces miro a éstas mujeres. Se han desparramado, después del cuartelero almuerzo, y hacen la digestión echadas en el suelo, sentadas en los largos bancos, apoyadas en las paredes. La pincelada amarillo violento del sol las desnuda.

Surgen imágenes de otras mujeres vistas en el diario deambular.

Evoco piernas altas, ágiles, listas para la postura de friso o la marcha ágil. Cuerpos firmes de ninfas atléticas que dejan al aire el mechón oscuro o claro de la melena que huele a limpio.

Sonrisas amplias, atravesando el rostro, dientes brillantes por el roce de cepillos. Mujeres que llenan la visión con su equilibrio anatómico; el olfato, con su perfume a agua fresca de río o de pileta; el gusto, con su sabor de fruta prieta y dura; el oído, por su risa joven y plena; el tacto, con la ensambladura maravillosa de sus músculos.

¡Totalización del llamado rotundo del sexo! ¡Belleza

ANGÉLICA MENDOZA

en el dinamismo, en la vitalidad, en el gozo de vida, en la higiene y en el equilibrio!

Comparo con estas otras mujeres, que toman el sol en el patio reo del asilo. Hembras bastas que tienen el privilegio de tomar al hombre en su angustia más íntima y largarlo apaciguado al diario trajín.

Piernas deformes, flacas o gruesas, que endilgan la marcha sobre pies torcidos; piernas sucias enfundadas en la mala ralea de medias rosadas, brillantes y rotas. ¡Piernas lerdas que no se abren jamás en el trazo elástico de la juventud! Cuerpos que han perdido el control en sus proporciones. Vientres flácidos, senos enormes, pulposos o pingajo magro de piel; rostros cansados, agrios, estereotipada la premura con que deben correr por las calles a la búsqueda del HOMBRE.

Marcha cansina. Manos con uñas púrpureas; rostros de cejas teñidas, pestañas entintadas, bocas con dentaduras incompletas. Dureza en los gestos, miseria en las actitudes provocativas.

¿Dónde está el signo de Afrodita? ¿Cuál el llamado imperioso del sexo?

Y he sentido entonces una enorme, una inenarrable lástima por el hombre. Lo he visto solo y parado en las esquinas de los mercados del amor. Es el hombre proletario, el hombre medio que espera...

Sábado a la noche, se encandila en Corrientes y Esmeralda; se ilusiona en la penumbra de las plazas Flores o Constitución. Nimba de belleza a la mujer que busca, la sigue sumiso y alelado de su propio descubrimiento a la pieza sórdida del hotel dudoso.

CÁRCEL DE MUJERES

¿Diez minutos? ¿Veinte? Ella se incorpora, se sacude como una gallina las plumas y se apresta al nuevo viaje.

Tristeza de hombre solo que debe atar apurado los cordones del zapato, y componerse el cabello!

¡Tristeza de hombre que luego se entibia con la taza de café del boliche cercano!

Tristeza de hombre que le han racionalizado el deseo como el trabajo en cadena de los talleres Ford!

* * *

“.....”

La gallega cuidadora riega unas plantas. Con su voz nasal dice que espera las primeras azucenas para ponerlas a la virgen. Alguien le grita desde el patio:

—“Carmen, Carmen. Traen una punta de mujeres, todas comunistas. Si viera; ¡hay una de bonita!... ¡Qué lástima!”

—“¡Ya viene esa peste! Rusas inmundas que no saben hacerse la cama! ¡Las debían fusilar en la plaza por meterse a andar como los hombres!”

—“¡Carmen! ¿y dónde las va a poner?”

—“Si pagan, con colchón y sino tablas. ¡Las voy a hacer comunistas! ¡Puercas atorrantas! ¡Ya ni en el Asilo se puede vivir en paz!”

Bajo al patio y veo cinco compañeras agrupadas que miran tranquilas el aquelarre mujeriego.

ANGÉLICA MENDOZA

Nos hemos reconocido y con una cordialidad cálida, comentamos la causa de la detención: Una manifestación femenina que pedía “pan y trabajo” en Parque Patricios disuelta a sablazos por la Policía.

Pasamos entre las mujeres que chillan.

—“¡Chicas, chicas! ¡Vayan a dormir! ¡No vaya a ser que se corrompan con nosotras!”

Risotadas acompañan la provocación.

Nos hemos repartido en los dos dormitorios. Dos de las compañeras abajo con Encarnación y tres arriba conmigo.

“.....”

Todo el mundo está en el lecho.

Entra la madre Concepción y ordena rezar. Permanecemos mudas.

Luego se acerca y pregunta en voz baja a las tres compañeras si quieren tomar algo. Las tres rechazan. Me ofrezco a traer algo, un poco de café tal vez.

Y la gallega guardiana me ha gritado.

—“¡Callate vos! ¡Has cobrao bríos porque han venido tus compinches!”

La religiosa no ha esbozado ni el gesto de una crítica.

Luego las mujeres han festejado el acontecimiento.

—“¡Chicas; a mí también me trajo Lugones!”

—“Yo también estoy por Orden Político. ¡Soy revolucionaria!”

—“¡De la cama, ché!...”

Y la jarana llena por completo el galpón.

CÁRCEL DE MUJERES

“.....”

Una férvida alegría me hace ahora contemporizar con la visión sórdida y la mezquina cuadratura del patio.

Nos hemos sentado después del almuerzo a gozar de la luz.

Platicamos un rato y hacemos comentarios de las peripecias de la detención.

Comisarios de sainete, jefes de orden social que razonaban así: —“¡No te da vergüenza a vos que sos argentina, andar con esas rusas roñosas!”

Luego Rebeca murmura con ternura:

—“¡Qué hará mi piba en este momento!...”

—“¿Se aflige compañera por su detención?”

—“Oh, no! ¡De ninguna manera! Fuí al mitin dejándole encargada la nena a mamá, suponiendo de antemano que estos perros nos iban a asaltar.

—“¡Pero así nomás no nos detuvieron! ¡Los hicimos correr y le dimos una buena!”

—“A mí — continúa Rebeca — me pasó un caso interesante. El vigilante que me detuvo, para alcanzar a otros, me dejó encomendada a un concripto. Yo le dije a éste: —“¡No te da vergüenza que siendo proletario, hagás de perro!” Entonces me soltó rápido, pero un legionario me alcanzó y me entregó detenida.”

* * *

ANGÉLICA MENDOZA

Se conversa sobre el régimen del asilo. Promiscuidad, falta de higiene, inocuidad de la reclusión por ausencia de un sistema de trabajo que utilice la actividad de las mujeres; aplicación de castigos torpes que no causan más consecuencias que las de irritar; religiosidad inútil y un maridaje monstruoso entre la práctica de la "profesión" de las prostitutas y la práctica del rito como protección contra la policía y ayuda en la ganancia.

—“Miren compañeras — ha dicho Encarnación. — Yo las voy a prevenir sobre la vida en el asilo. No es cuestión de aislarse y despreciar a las demás recluidas. Aquí todas somos iguales.”

Entonces Rebeca ha dicho:

—“Un momento. No somos iguales. Nosotras somos obreras y comunistas y éstas, prostitutas y burguesas.”

—“Pero la prostituta es explotada y envilecida; por eso su lugar está al lado del proletariado porque es el que va a liberarla”.

—Es cierto. Pero hay una diferencia y es que el obrero tiene conciencia de que produce y lo explotan, de que es la médula social y quiere liberarse, se organiza y lucha. En cambio, estas mujeres, no se creen envilecidas y hacen pagar al hombre que las necesita, explotándolo en su apetito. La prostituta cobra, por algo que no debe tener precio.

—Pero la burguesía, las persigue, las insulta; organiza su “caza” día y noche y después las encierra.

CÁRCEL DE MUJERES

Además de clasificarlas policialmente les obliga a la multa.

—¡Claro!... Las persigue y las explota después de crearlas, pero no las destruye, porque sino habría que echar abajo todo eso, de la propiedad, del matrimonio, de las clases. Usted sabe que hipócritamente procede así, la policía, el Estado.

—¿Y ustedes no creen que son pobres mujeres fracasadas que la miseria las ha obligado a esa vida?

—No es que creemos, sabemos. Miseria del pan, vida miserable en el conventillo, envilecimiento paulatino por el abuso de los patrones, de los capataces de fábrica, de los jefes de oficina, de los niños bien. Luego se forma una nueva manera de ver las cosas: hay que vivir y es fácil y cómodo ganarse el pan sin mayor esfuerzo. ¿Piensa distinto un empresario cualquiera?

—Yo pienso como anarquista que la prostituta es una hermana nuestra. Odia la policía.

—Si luchara con nosotros, lo sería. Pero desde ese instante dejaría de ser prostituta, sería obrera en una fábrica, empleada o sirvienta. Pierda cuidado Encarnación, que esa mujer se cuida mucho de que se sepa que es burguesa. Usted dice que odia a la policía, es cierto. ¡Pero qué motivos distintos tiene para odiarla, a los que puede tener cualquier obrero torturado por el crimen de haberse organizado y protestado de su explotación!"

—Sin embargo sigo pensando que habría que hablarlas y convencerlas!...

ANGÉLICA MENDOZA

—Mire, Encarnación. El mal no está en ellas mismas, no son prostitutas por elección libre, por gusto o placer. Son instrumentos de hechos sociales, a los que debemos destruir primero para que ellas no se produzcan más. ¡Vaya, haga el esfuerzo con alguna, a ver si le responde y luego nos cuenta si cree que ha empezado verdaderamente la destrucción de la prostitución!

La muchacha calla y el silencio es expresivo. La miro y veo su juventud, su equilibrio físico y su fuerza espiritual. Solo 20 años, resuelto su problema sexual y con una hijita de 2 años. Es segura, consciente de sí misma, pura en la dedicación de la lucha, apasionada en la absoluta convicción de su verdad, fuerte en la apreciación del porvenir. Y es una obrera que cose chalecos, actúa en su sindicato y ha asimilado la ideología más estupenda por su eficacia histórica.

Y veo en ella el símbolo de la mujer de los nuevos tiempos, que trabaja, lucha, ama y crea con la visión del porvenir.

* * *

Adoración es el nombre de una cosa vieja, ajada y con un tic nervioso que le tuerce la boca. Adoración tiene 25 años que en ella son 50; respeta y ama a su "marido" que hace años le pega rítmica y periódicamente eficaces palizas que la entrenan para el trabajo "amoroso" de la calle y de la plaza.

CÁRCEL DE MUJERES

Adoración tiene su sede en los puentes del ferrocarril del Once. Su material humano lo constituyen los lastimosos hombres solos que toman a veces el sol en la chata plaza vecina. Dice preferir los extranjeros porque no les entiende lo que dicen.

Ha estado en el manicomio y a fe que guarda huellas de su estada. Alza sus polleras y olemos mal. Se rie frenéticamente y llora por supuestos desprecios de sus cofrades.

—“Cuando yo estaba en el manicomio, cómo me divertía. ¡Agarraba dos piojos, los ponía en una tablita y los hacía correr carreras, a ver quién llegaba primero! ¡Qué macanudo era eso!”

“.....”

—“Ché ¿Eso es chancro?”

La Marta está en la fila que vuelve de la capilla. Se dirige a una chinita de unos diez y seis años, cara de toba, rotosa y que revisa su velo a fin de encontrar algún piojo. Sus piernas desnudas muestran úlceras.

—“¡Qué va a ser chancro! Son sólo paspaduras”.

“.....”

—Pollo, se arremanga el vestido y muestra dos huesos cubiertos de piel seca que terminan en dos zapatos al revés.

—“Pero Pollo. ¡Tenés los zapatos al revés!”

—“¡Es de inteligente que soy! Como los tacos se han torció pal otro lao mé los cambié de pie. Así cuando salga los tengo derechos.”

—“¿Cómo te trajeron Pollo?”

ANGÉLICA MENDOZA

—“El inspector de policía me vió de atrás, s’amoró de mí, y me pasó por menor.”

Pollo debe tener cerca de 50 siglos de miseria asentados en sus piernas flacas.

—Cuando salga de aquí, me voy a ir al hospital pa que me pongan dientes de balde. Después me voy a hacer dar “mesajes” en la cara para tenerla redonda.”

Se va oronda mostrando sus axilas sudorosas.

* * *

La madre Concepción abre la puertecita que dá al patio, viniendo del claustro, e invita a álguien a pasar.

Desde la ventana de la clase mira la mañana y oigo a Encarnación contar sus sinsabores. Pero me distrae la actitud de la monja. Alguien se resiste a pasar.

Una cabeza de mechones claros y lacios se asoma. Luego avanza un cuerpo vestido de rosa y abrigado con una chaqueta de punto. Ahora está parado en medio del patio. Mira hacia nosotros y veo ojos aguachentos y asustados.

—“¡Ché, una nueva! ¡Y con qué pinta!... ¡Parece boleada!”

Ya no veo la mujer en el patio. Siento el trajín de Juanita, la vieja celadora del dormitorio de abajo, que sin duda provee delantal a la nueva. Hay expectativa en la clase.

Crujen las maderas engrasadas de la escalera y en la puerta aparece la nueva en actitud vacilante y confusa.

Mira, inquiere y comprende que la corriente de rea

CÁRCEL DE MUJERES

solidaridad que emana del mujerío, la reconforta. Sonríe y se reconoce en las demás.

Ya está dentro, ya charla. Luego es acaparada por un grupo que la hace hablar sin descanso.

.....

Miro con desaprensión. Sin embargo me vá interesando esa cosa femenina, que tiene relieves nuevos y distintos a las del Asilo. Escucho:

—“La cosa está que arde en Avellaneda. Es jodido trabajar. Nos tienen locas a coimas como a los quinieros. Ahora andaba por la Isla Maciel, por Facundo Quiroga con los polacos”.

—“¿Y te dá el trabajo?”

—“Pa ir tirando... Como no tengo marido me arreglo sola. A veces no me alcanza, pa nada. Entre los vigilantes y los oficiales de policía me pelan.”

—“¿Y si te encanan, quién te saca?”

—“Me trago la cana y se acabó”.

—“¿Y como viniste a dar aquí?”

—“Hace tres días salí de la Comisaría del Doke. Como no podía trabajar tranquila, crucé por el puente de Almirante Brown y me fuí por la Ribera. Cerca del café el Marítimo me pescó un perro. La cana me había mirao antes, pero no me agarró. Anoche lo pasé en la Comisaría con una vieja borracha que se lo pasó vomitando. Esta mañana me sacaron y aquí estoy. Es la primera vez que caigo aquí”.

—“¿Y cuánto tiempo te dieron?”

ANGÉLICA MENDOZA

—“¡Quince días, andá vos a saber si no me dan más!... ¿Y todas éstas están por lo mismo?”

—“No; hay mecheras y limosneras. Y también de Orden Político, las comunistas.”

—“Sí, ché? ¡Qué macana! Allá en el doke me tocó estar con una. ¡Qué porquería!”

—“¿El qué?...”

—“Que traigan a las comunistas; ché no son como nosotras!”

—“¡Andate a bañar! ¡Dejá que les bajen el copete! ¡Hacen bien de meterlas en cana”

.....

Las mujeres acompañan a rezar a la religiosa. La “nueva” está en silencio. Una cosa blanda, gelatinosa debe ser su carne. Una línea de cansancio animal alarga su boca y de los ojos baja la mansa luz de su mirar turbio. Es la mujer cansada de una tarea que la aplasta y la desloma. ¿Cómo será en el amor esta pobre cosa humana, que no provoca el deseo sino el gesto solidario de la lástima?...

.....

La nueva es “la Luisa”.

Su asiento en la mesa está colocado frente a mí. Así me siento bloqueada, entre una prostituta, una vieja mechera y bajo la cansina mirada de esa mujer.

Miro mi loco y la impotencia me hace aguar los ojos.

CÁRCEL DE MUJERES

—“¡Pobre!”

Y casi estoy por gritar. La Luisa ha dejado de comer y me tiende su conmiseración.

Y yo no sé si reírme o agradecer a Orden Político esta formidable lección de humanidad.

Salgo con permiso de la religiosa al patio. Me siento frente a la gruta y evado mi pensamiento de la realidad que me cerca. ¡Es maravilloso divagar sobre la sinfonía pulcra de los verdes de las begonias, de las madre-selvas y las siemprevivas!

Me parece que la vida es un torrente que fluye manso y siento la reconfortante tonicidad que me viene del color, de la sonoridad y la tibieza del mediodía.

Alguien me pone una naranja en la falda. Encarnación me mira y sus ojos parecen reprochar.

—¡Compañera, en la lucha, nos esperan cosas más amargas!”

“Talvez... No acepto el sufrimiento por él mismo, sino cuando es la medida de nuestra eficacia en la lucha. Cuando es fecundo, cuando rinde. frente al porvenir.”

.....

La madre San Paulo ha resuelto que lea la vida de María de Mágdala. He leído una hora y media. En tanto las mujeres sentadas, echadas en el piso, charlan. Algunas escuchan.

A veces me detengo al sentir mi voz, mi voz de contralto acostumbrada a comentar consignas revolucionarias o a exponer la rigurosa dialéctica del pensar filosófico y que en la siesta prostibularia del Asilo, narra

ANGÉLICA MENDOZA

el ambiente místico - sensual de una novela moralista, a fin de llevar por la senda a la redención a estas mujeres que ríen y charlan!...

Dentro de mí, siento como si otra mujer se riera de toda esta estúpida e ingenua comedia burguesa. Me distraigo y me oigo reír. La religiosa me pregunta:

—“¿Está usted cansada?”...

La Luisa me sigue con la mirada desde el piso. Festeja las incidencias de la lectura y comenta la vida suntuosa de la Magdalena.

Después de la lectura ha dado comienzo al rezo. La Luisa se acerca y se sienta de golpe junto a mí; la miro curiosa y desconfiada.

—“¡Tengo que contarle algo!”

Aliso los pliegues de mi delantal de reclusa para distraer mis manos. Pero atiendo.

—“Cuando me llevaron a la Comisaría del Dóke me encontré con una compañera suya!”

—“¿Quién?” — Tengo la voz ronca y áspera.

—“No sé el nombre, pero era una muchacha gordita, de rizos largos. Estudiante. La agarraron cuando repartía papeles en la puerta del Frigorífico La Blanca”.

—“Y, ¿dónde la llevaron?”

—“Bueno, pero no es ésa la cosa. A mí me encanaron de perros porque yo no incitaba en ese momento sino que iba a buscar una amiga que es camarera. ¡Pero ya va a ver pa qué me encanaron! En la Comisaría de la isla Maciel me metieron a mí y a otra en un galpón. Allí nos acomodaron un colchón. A la tarde trajeron la muchacha comunista. Parecía asustada. Se sentó en un

CÁRCEL DE MUJERES

banco y se quedó tiesa. No le dieron colchón, ni nada. A la noche fué la cosa!...”

Voy a preguntar pero me aplasta la angustia.

—“No, no fué con élla. A eso de las once de la noche, cayeron al galpón el oficial y un auxiliar y nos acorralaron. “Que un ratito”; “que un gustito pa la noche fría”; la cosa es que ahí no más se acomodaron. A nosotras nos daba risa; pero yo me acordé de la muchacha comunista. Ahí estaba, cerca, sentada, dura, dándonos la espalda. Parecía que lloraba. Créame, ¡le tuve un asco al hombre, que lo empujé!...”

“Cuatro noches pasó lo mismo. Desfilaron por turno los empleados. Al principio quisieron farrear a la muchacha pero yo les dije: “¡Eso nó! ¡Ella no es lo mismo!”...”

Miro a la mujer y sin quererlo siento la suave presión de la simpatía. Tal vez no esté todo perdido en élla.

—“Todas las veces, la pobre las pasó despierta, oyendo todo. Yo no sé cómo no gritó, ó se volvió loca. Una noche se la llevaron a la cocina donde mateaban los vigilantes. Seriecita, mirando siempre pá delante, parecía que no oía ni veía nada. Los canas hablaron porquerías y le hicieron alusiones. El auxiliar que estuvo a la noche, me dijo que era “brava” y que el único remedio era mandarla al Buen Puestor por un año pa arrancarles las ideas.”

”Yo nunca había visto a una comunista. Después me largaron y he pensao mucho en élla. A mí me daba en el corazón que élla oyera como se jaraneaban los ca-

ANGÉLICA MENDOZA

nas. ¡Qué les iba a hacer! Y ahora como dijeron que usted es maestra y comunista le he molestao pa contarle lo que pasó en el Doke. Pero, le aseguro, que en mi vida de rea, fué la primera vez que tuve vergüenza de ser puta!”

* * *

Una mañana sentimos llorar ruidosamente. En el patio a pleno sol, una muchacha habla, solloza, grita. Luego se siente su voz en la ropería, en donde la obligan a despojarse de su vestido y a ponerse el delantal uniforme.

—“¡Me han traído de perros, de canallas, de infames! ¡Yo no soy atorranta! Salía de la casa de mis patronos a las 10 de la noche, para irme a mi casa y me agarraron en la esquina. ¡Yo no tengo plata, ni quién me saque! ¡Mis vecinas no saben nada!”

Llora con hipos. Es española y joven. La clase está en suspenso. No hay solidaridad para élla. La religiosa la hace sentar.

—“¡Pero ahora, sí que lo voy a hacer! En cuánto salga de esta porquería me hago atorranta! ¡Y entonces les daré trabajo pa traerme!”

Algunas mujeres la consuelan.

Más tarde la veo acaparada por la mujer que “trabaja” en la calle Florida.

—“Y, entonces, mi marido te vá a proteger y ayudar. Vos vas a ser cuñada mía, socia ¿entendés? Así jun-

CÁRCEL DE MUJERES

tas la cana te resultará más corta, porque mi marido te va a pagar la multa.”

Conversan despacio tomadas del brazo. Las otras se ríen: — “¡Ché, se busca una cuñada y marido!”

* * *

Entre un grupo de mujeres, de melena tiesa y brillante, traídas a la salida del Wembley, entra una mujer madura, extranjera, que gesticula y habla airadamente.

Por el tapado de piel entreabierto se vé la camisa y sus pies calzan chinelas. Un ojo amoratado pone una nota rotunda en la cara.

Cuenta su odisea en jerga franco criolla. La escuchan riendo.

—“En mi casa hay muchachas decentes que trabajan de manicuras y masajistas. Un tipo quiso usar los servicios de una manicura sin pagar su precio. El tipo salió corriendo por la escalera y yo lo alcancé en la calle. El muy sinvergüenza en vez de pagar me golpeó. Me voy a la farmacia a curarme el ojo y un cana me agarra por alboroto y deja que se le escape el tipo. ¡Y hay que tenerle confianza a la policía!”

—“¡Fijate ché, con las manicuras! ¡Se les escapan también los tipos!”

Hay carcajadas ruidosas y comentarios maliciosos. La francesa entabla una charla instructiva con el grupo que la escucha. Están todas sentadas en largos bancos. Las de atrás apoyan su barbilla en el respaldo del asiento para oír mejor. La religiosa impone silencio

ANGÉLICA MENDOZA

chistando, pero las mujeres ociosas, bajan el tono de voz y siguen charlando.

—“Es mejor el trabajo en una casa seria. Ahora es muy difícil ganar la plata, y a los canas hay que darles algo, y al comisario casi todo. Ahora los hombres se hacen programitas con las muchachas y no quieren pagar. Prefieren el pasto del Bosque, o el automóvil, a mis camas de bronce con buen colchón y sábanas... ¡Ya no se puede vivir!”

* * *

A María Gauna le ha sido concedida una gracia en vísperas de navidad. Puede salir. Todas las mujeres la palmean, pero María se echa a llorar desesperada.

—“¡Yo no quiero la libertad! Yo no quiero andar de vaga pidiendo limosna en los boliches la nochebuena! ¡Toda la gente tiene un lugar donde estar, cómo yo tenía antes! ¡No quiero, nó!”

* * *

Se aproxima Navidad y las religiosas preparan los actos en la Capilla.

Las presas sociales no responden a esa táctica. Pero las monjas aprovechan el instante en que éllas, cosen o bordan y se acercan amistosas.

—“¿Por qué no reza una novena a la virgen para que la ayuden a salir pronto?”

Las cinco compañeras nos hemos mirado sonriente ante la ingenuidad.

CÁRCEL DE MUJERES

—“No creemos en Dios, madre”.

—“¡Pero no importa! Aunque no sea creyente la virgen lo mismo la va escuchar. ¡Yo hago en su nombre la Novena, pero usted, me acompaña a la Capilla, y con ésto basta!”

Naturalmente que con éso basta. Sonriente hemos rechazado; pero sospechamos que es un motivo más que tendrán en cuenta estas dignas guardianas.

* * *

En otros momentos tuvimos oportunidad de palpar lo edificante, humana y profunda ética cristiana. La madre Superiora, la que entona las saetas cuando las prostitutas cantan el *Tantum Ergo*, ha resuelto trasponer el límite que media del Claustro virginal al patio prostibulario. Lo hace armada de medallas y estampitas.

Hay revoleo en el mujerío.

—“¡A mí, a mí madrecita! El niño Jesús pa que me proteja.”

—“¡Su Caridad, no me olvide! ¡A mí la estampa de nuestro Señor!”

La Superiora sonríe plácida.

Separadas miran la escena las camaradas comunistas.

La Reverenda Madre Superiora, halagada por el recibimiento que le ha hecho el hampa femenina, se acerca a las detenidas sociales y les regala una medalla. Todas rechazan.

Hay una santa indignación que estalla.

— “¡Siquiera aquéllas otras creen en Dios!”

ANGÉLICA MENDOZA

* * *

—“¡No hay pan, madre! — grita la mujer que sirve.
Una vieja llora.

—“¡A mí no me han dao todavía!”

—“¡Vaya a buscar pan a las menores! (Buen Pastor) — ordena su Caridad.

Charlo con mis compañeras, pués hemos conseguido que nos sienten juntas en la mesa. Pero lo hacemos despacio y a escondidas, pués la disciplina prohíbe. Más, nos miramos y hallamos en éllo un hondo y lúcido placer. Por la ventana enrejada del refectorio me quedo mirando el manto tenso del cielo. ¡Hoy es tan alto! Bandadas de pájaros lo motean y lo rayan.

Las ramas del árbol de la gruta recortan su verde en el aire vibrante. En el techado veo una masa que se despereza. Un hermoso gato con el pelaje deshonorado por el hollín, se estira y vuelve a dormir.

—“¡Es el regalón de las madres!”

Me siento correr la jarana por la piel. La vecindad rea del Asilo, ha puesto su marca en la aristocracia persa del gato, a pesar de los cuidados de las vírgenes del Señor!

Juanita — es la celadora más vieja—; guarda el dormitorio de abajo. Hace más de treinta años que sirve al Asilo. Vino una vez, detenida, pués era mujer de la vida y no volvió a salir más. Se redimió haciendo de carcelera de sus iguales. Es gruesa, grande. Sus ojos azul claro, se aguan en un perenne fluír de lágrimas que humedecen el cauce rosado de sus párpados.

CÁRCEL DE MUJERES

Habla quejumbrosamente, se lamenta de su trabajo y tiene el genio pronto. Es lista y es la encargada de hacer las compras que le piden las reclusas. Recoge moneda a moneda. Nada se escapa a su sórdida avidez de dinero. ¿A qué manos irá a parar si ella reduce al mínimo sus necesidades?

Juanita es gentil y déspota. Es absurdamente femenina y hondamente burguesa. Debe ser francesa.

A veces tiene actitudes maternas, otras es una harpía que se revuelve contra su misma estirpe. Puede seguirse con ella una táctica eficaz; darle propina y no molestarla cuando almuerza. Pero en su miseria moral hay de vez en cuando una sutil línea de nobleza. ¿Talvez la ancianidad, talvez su experiencia?

Carmen es la gallega que vigila el dormitorio alto. Es confidente de las mujeres, les presta dinero con cierto interés y se encarga de cuidar sus avíos. De pie a cabeza, es un producto del surco donde se cosechan papas y se deshacen terrones de sol a sol. Flaca, vieja de una eternidad, pues atesora toda la gama de la maldad maliciosa. Cree en el dinero y coloca flores a la Virgen. Tolera chistes y bromas villanas. Pero solo a ratos.

Su nariz está sucia siempre por el moco y el rapé. Vende rapé a las mujeres que juegan al estornudo.

Voz áspera sin tonalidades de ternura. Su timbre es el de una lata mohosa, que se golpea a destiempo. Mala. Mala como un guardián de cárcel, e insolente como empleado policial.

Alquila sábanas sucias a las nuevas que lo solicitan y pagan.

ANGÉLICA MENDOZA

Las furias que crearon los griegos debieron ser sus antepasados directos. Su villanía, es uña afilada para herir a las presas sociales. Es casada, pero odia al marido.

.....

Hay algo en la existencia de este refugio innoble, que adquiere cuando pienso, caracteres trágicos. Desde el umbral de una puerta, hacia acá, patio prostibulario; hacia allá claustro virginal.

Dos cauces de la existencia femenina, que inciden; dos aspectos de la deformación de esa vida que cohabitan bajo la protección del mismo Cristo. El bien y el mal cristiano. ¿No habrá alguna interferencia jamás?

Mujeres arropadas, que bisbisean en vez de hablar y su voz es un constante trémolo. Reparten su vida en el retiro de la celda, la soledad del rezo y la sociedad con las prostitutas.

Oyen las palabras más soeces y permanecen impasibles. ¿Indiferencia?

Ven las actitudes más obscenas y callan. ¿Ignorancia? Jamás su mano roza piel ajena. Algunas rebosan tal salud que se les escapa por los carrillos rosados y las caderas ampulosas. Huelen a vida acumulada.

Otras se van desdibujando con el esfumino de la castidad. Pálidas y suaves viven para adentro, bebiendo a sorbitos la vida.

Nunca la realidad social, pudo presentar más eficazmente, el viejo mal de la mujer aherrojada en su esclavitud de siglos: la virginidad y la prostitución.

CÁRCEL DE MUJERES

Estas vírgenes que guardan aquéllas ramerás, creen que efectúan una cristiana labor de redención. En su dulce tozudez, ven pasar cada quince días, cada semana, a las mismas mujeres que van a la calle y vienen de la calle, descansan, recuperan fuerzas a su cuidado y reinician su jornada, hasta que solo la vejez y la enfermedad las anulan.

¿Hay un sueño de redención en esas vírgenes o simplemente un ejercicio previo para asegurarse la buena venturanza eterna?

Estamos pués en presencia de un drama.

La virginidad forzada, resalta en el contraste. Para que éllas y otros miles de mujeres se transformen en carceleros de su virginidad, la otra parte de la humanidad femenina, debe hundirse en el hartazgo del abrigo masculino.

Para unas la negación, para las otras el papel de cloacas colectoras. Y es en realidad un sarcasmo, una mala jugada de esta traviesa sociedad burguesa, el haber enfrentado las dos facetas de la servidumbre femenina. Ha hecho sólo una concesión: que las vírgenes cuiden a las ramerás.

Ahondar en la existencia monástica es adentrarse en una cámara neumática. El vacío vital, por eliminación de su contacto con lo real. Esa llama ardorosa que conmovió a Teresa de Jesús está en todas éllas. Pero la que no tiene la salida sublimada de su potencia vital, ¿qué hace? Se agosta por reducción.

Y en verdad que el verdadero drama no está en esas mujeres que corren por la calle a la búsqueda del hom-

ANGÉLICA MENDOZA

bre; sino en aquéllas otras que nunca le conocieron y le amaron y que tras el vuelo místico de la oración vibra a la sordina, la carcoma de la neurosis.

* * *

Hoy es domingo. Es el segundo que vivo en el encierro. Toda esta gente ha corrido alborozada a la misa, ha entonado motetes y luego tomado su desayuno en una alagarabía de patic. Después se ha dado recreo.

Es neblinoso el día y la humedad se diluye en los cuerpos. La clase se ha convertido en un recinto musical. Las mujeres, sin la obligación del silencio, se sienten libres y cantan. Las voces se elevan y huyen por las ventanas y van hacia el claustro.

Es un eco primitivo y simple.

El cantar, áspero, taladrante, se desmaya a veces en un tono trágico, de desesperanza, de angustia, de honda tristeza humana. Están presentes en las gargantas, todos los instrumentos a viento y metálicos de la orquesta; pero faltan las cuerdas que suavicen y equilibren el aliento desgarrado con un soplo lírico. Es el cantar una queja humana que brota de las gargantas ríspidas, al entonar el estribillo: "Yo que te quise tanto, tanto!". La pasión que colorea al timbre, tiene tal potencia, que detiene un instante al espíritu, y el tango adquiere entonces, la significación dramática de un salmo reo.

Luego el tono se aclara y sus agudos ponen un matiz brillante que hace más vivaz, más animada a la canción.

CÁRCEL DE MUJERES

Las voces parecen transparentes y al tono amplio, bajo y rotundo de la queja pasional, sucede uno frívolo de percusión alegre.

Es el comentario malevo de un tango cachador.

En pleno coro surge de pronto un entonar distinto:

“¡Corazón santo
Tú reinarás!”

Las voces se detienen sorprendidas.

—“¡Hágala callar, madrecita! Ni en domingo podemos cantar lo que queremos!”

Una parte del coro, entabla disputa. Transan.

Al final le cantarán a la virgen.

Prosigue incansable el coro. Son las 9 horas; son las 10. Las voces ya enroquecidas se aúnan con fiereza y brota “Taconeando”.

Las mujeres, sentadas miran hacia delante a las rejas de las ventanas. Han suspendido las diarias preocupaciones y se embriagan de tango, de queja maleva, de promesa rea. Es su voz un escape pasional, talvez el único en sus vidas.

Algunas inmóviles con las manos en las rodillas; otras acompañan con rítmico taconeo. El ámbito de sus vidas se hace amplio. Me llega, me toca.

Se ha hecho un silencio contaminado de cansancio.

Alguien entona de nuevo. Pero su voz se alza aislada. Ya no es el tango inédito, pleno de fiereza; es ahora chillón y canalla. Le falta el soplo humano colectivo que prestaba el coro al aunar las voces en un desesperado tono de ternura, fundiéndolas todas en una, por la

ANGÉLICA MENDOZA

que corría vibrante lo único auténtico y fresco que subsiste en el fondo de estas miserables vidas.

—“¡Su caridad! Ruegue pa que me vengán a buscar! ¡Van pa quince días que aguanto la cana!”

—“Rece, pués, usted a ver si se hace buena”. — La monjita dirige la costura de las mecheras y atiende a las otras.

—“¡Estoy más cansada! Cuando salgo me meto otra vez de charquiadora en “La Negra”. Me ganaba hasta tres cincuenta diarios y a las seis de la tarde estaba libre. El capataz me echó de perro, porque le contestaba.

—“¿Y, entonces, a que te largaste al “trabajo?”

—“Y cuando me vá mal de camarera en Pedro Mendoza, me voy pa la fábrica. ¡La pucha! ¡He llegao a ganar en los bailes hasta diez pesos por noche! Pero está muy mala la cosa! Aunque sea pá comer hay que ir a la fábrica”.

—“Y la cosa es tener pa la pieza y el morfi. Pero, es un trabajo puerco él de la fábrica. ¡Tenés que andar bien con el capataz y los serenos ¡si no!... Y todo de arriba que es lo que me da rabia.”

—“Yo tengo una amiga que toca el violín en una orquesta. Cuando anda sin trabajo me busca y salimos juntas a girar.”

—“Y uno tiene que ayudarse como pueda.”

La mujer se corta las uñas y su compañera se hace rulos con tiritas de género que le pasa una mechera que cose frente a ella.

Musita luego en voz baja:

CÁRCEL DE MUJERES

—“¡Viste las medias de la mechera! Tienen de lo mejor.”

—“¡Déjate é macanas! ¡Esa tiene pa seis meses en la Correccional y vos salís dentro de unos días!”

.....
.....
.....

—“¡Ché Enriqueta! ¿Pá cuántos días tenés?”

—“¡Qué sé yó! Ahora no vóy a tener quién me saque. Mi marido estaba sin un centavo. ¡Y lo pior es que a lo mejor lo encanaron! Yo me le escapaba al policía; pero el tipo me siguió despacio. Por si acaso no fuí a la pieza, pá que no lo tomaran a él.”

—“Al marido de la Violeta Ibáñez lo encanaron con unos cuántos en la casa. A élla se la llevaron a la correccional.”

Las dos mujeres guardan silencio mientras la monja, revisa el planchado de los delantales.

—“¡Madre! Mire ésta, que me ensucia el delantal con la chancleta!”

—“¡Eh! ¡Tan limpia que es la señorita, que se limpia los mocos con el manto!”

—“¡Cállense, mujeres! — ordena su caridad.

Las dos peleadoras se siguen insultando con la mirada.

—“Miren, miren, chicas! ¡El cana entra con la madre Concepción!... ¡Van pál calabozo donde está la Luisa!”

ANGÉLICA MENDOZA

Corren a la ventana alborotadas.

—“¡Siéntense, mujeres!” — dice su caridad.

—“¡Madre! Le van a pegar a la Luisa!”

—“¿Oistes anoche cómo gritaba y la insultaba a la madre Concepción?”

—“¡Cada una a su lugar! ¡Nada le van a hacer a la Luisa! Hay que ver cómo ha seguido gritando esta mañana.”

La monja se queda seria.

Por la ventana vemos regresar al agente ajustándose el cinturón. Tal vez tuvo que utilizarlo.

.....
.....

—“¡No te pongas tanto negro en los ojos! ¡Quedan muy duros!”

La que habla es una francesa pulcra, que dá impresión de economía e higiene. Es algo así cómo una nota de finura.

La mujer que la escucha es una cordobesa, callada, de cóleras sordas. Se llama Olga.

—“¿Tu marido no vá a venir a pagar la multa?” — dice suave la francesa.

—“Primero se la vá a pagar a la otra!” — contesta con despego.

—“¡Entonces prefiere a la otra! ¡Y es más fea que vos. ¡Sos una sonsa!”

La Olga se encoge de hombros y continúa el teñido de sus párpados.

CÁRCEL DE MUJERES

—“¡No vá a ser la primera vez que me trago toda la cana!”

—“¡Ché, Olga, pásame el rimel!”

Pasa la cajita con pasta, con aire ausente, a una mujer flaca, de piel amarilla y cabello lacio que lleva suelto.

—“¡Déjense de pintar, mujeres! ¡Parecen, payasos!”
— grita su caridad.

La mujer se agacha detrás del banco é inicia su arreglo.

—“¿Por qué te pintás la cara?”

—“No me hace falta. Aquí adónde me ven sólo tengo diecinueve años. En la ficha me anoté con veintitrés, pero hace tres años que vine de Corrientes y el mes que viene, cumpla veinte.”

Miro asombrada a la adolescente. Es una mujer envejecida, gastada. Ha perdido ya tres dientes. ¿Puede alguien meditar sobre ese destino?

.....

Siento que me tocan el brazo. Es una anciana limosnera.

—“.....”

—“¡Hágame el favor, usted que parece tan buena, escíbame una carta pá m'mijo!”

No ha terminado el pedido y ya llora. Es una mujer mansa, cabellos blancos y actitud humilde.

Accedo. Le doy papel que utilizo para sacar estos apuntes y espero.

—“¡Querido hijo”. — Descansa y empieza a llorar.

ANGÉLICA MENDOZA

“¡Ponga arriba, “Comodoro Rivadavia”. Allí está él trabajando.”

—“¿En el sur? ¿En el petróleo?” — le pregunto.

—“No, es en el barco. ¿No hay un barco que se llama así? El me mandó la dirección y me decía: ‘Escribir al Comodoro Rivadavia.’”

Estoy impresionada ¿Dónde estará ese hijo? ¿En el barco, en el puerto?

—“¡Por favor me le sigue escribiendo!” — “Tu madre te escribe porque está muy mal y muy sola”.

Su llanto me baña el ánimo. No puede continuar.

—“¿Su hijo, señora, sabe que usted a veces es traída aquí?”

—“No se lo quiero decir” “El es un hombre decente y tiene su sueldo.”

—“¡Pero, no se acuerda de usted!”

—“¡Es que él cree que aún puedo trabajar! Pero, desde que me atropelló el auto, ya no puedo hacer nada...!”

—“¡Pero, no se hizo pagar por el daño que le hicieron!”

—“¡Qué vá a hacer, una pobre vieja sola! ¡Si hubiera estao m’hijo, otra cosa sería! ¡Treinta años he lavao ropa! Ayudando siempre al marido y criando los hijos. Uno se fué por ahí; el otro está en el buque; mi marido se murió hace años.”

Llora despacito para no molestar.

—“¿Y, cuando salga de aquí, dónde irá?”

—“Talvez me reciban unos paisanos. Hace treinta y cinco años que estoy en el país! ¡Ahora no pido limos-

CÁRCEL DE MUJERES

na! ¡Ofrezco estampas! Si ya no puedo lavar porque tengo la pierna rota, que voy a hacer! ¡Estoy sola...!”

Y, entonces me dán ganas de escribir a ese hijo que está ausente en un lugar indefinido y decirle las duras palabras necesarias. ¡La verdad de la vida y del dolor de su madre!

—“¡No vaya a poner nada de éso en la carta! ¡Me muero de vergüenza al pensar que m’hijo, vá a saber que su madre está presa! Póngale, que no estoy bien de la pierna, que me escriba a la casa de los paisanos...”

Escribo lo rogado, con letra clara.

—“¿Le agrego que ya no puede lavar la ropa?”

—“¡No; m’hija! ¡Mejor que él crea que aún sirvo. Eso sí, que cómo estoy tan apretada, si me podría mandar veinte pesos, me haría un gran favor!... ¡Qué le deseo suerte, salud y buena conducta! ¡Póngale allí abajo, que Dios te bendiga!”

La anciana permanece absorta. Siento que vé al hijo; al frío é ingrato hijo, que no sabe que su madre está presa porque ya es vieja, no produce, no sirve y la sociedad la ha arrojado entre las viejas cosas que no tienen derecho a la vida.

Y pongo en el sobre, la inverosímil dirección:

‘A ZUTANO DE TAL,

A bordo del “Comodoro Rivadavia”.

Argentina.

¿Habrá llegado a su destino la llamada humilde de la madre?

ANGÉLICA MENDOZA

.....
.....
.....
.....

La hora es luminosa. Los rezos parecen suspenderse en el aire. Apacigua los ánimos la paz de la tarde y la primavera se hace corriente viva en nuestra piel.

Su Caridad reza. La voz es monocorde. Me parece que es rezar tan arcaico, que viene de la más vieja monotonía del hombre.

Algunas mujeres conversan con voz queda:

—“¡No la hagan rabiar a la pobre monjita! Esta mañana vino con los ojos coloraos. De seguro que le han dao un café, porque es considerada. ¡La chismosa es la otra, la gorda colorada! ¡Todas le llevan chismes a la Superiora y cómo élla, la monjita, es la más santa, la castigan!”

—“¡Ché; pero nunca se queja!”

Encarnación viene a mí y me dice:

—“¿Se fijó, compañera, cómo está de caída, la Hermana? Bueno, es porque la han tratado mal, porque se opuso a que golpearan las mujeres. Ella siempre las defiende. ¡Pobrecita!”

Miro a Su Caridad y veo su rostro desdibujado. Una lenta simpatía me invade; me impulsa. Ya estoy de pie y me acerco a su pupitre.

Ella me mira y se sonríe.

—“¿Está muy cansada de ésto?”

—“Algo. Lo que más me duele, es no poder leer. Me distraigo tejiendo.”

CÁRCEL DE MUJERES

Pero mi propósito no es justamente, conversar sobre mí. Y, entonces, la pregunta irrumpe:

—“¡Dígame, Su Caridad! ¿Por qué está usted aquí? ¿Qué quiere hacer?”

Ella me mira sorprendida. Sonríe.

—“Se conoce que usted no es cristiana. Si nosotras no estuviéramos aquí, quién daría asistencia espiritual a estas mujeres?”

—“¿Y cree Su Caridad, que por hacerlas rezar todos los días, contribuyen a redimir estas mujeres?”

—“¡Es la salvación de su alma la que nos interesa!”

Me quedo dura mirándola. ¡La salvación de las almas en medio de esto!”

—“¿Entonces, Su Caridad, cree que el alma es una cosa distinta de la propia vida de estos seres?”

La monja me mira asombrada. Pero no contesta. Ha inclinado la cabeza.

—“¿Y Su Caridad no sufre oyendo y viendo estos despojos?”

Su Caridad aprieta los labios.

—“Se sufre mucho, sobre todo oyéndolas. Pero nuestra misión es la del Buen Pastor; guiar las ovejas descarriadas.”

—“¿Y hacia dónde dirige a estas mujeres? ¿Cuál es el camino de salvación que ustedes le tienden?”

—“¡Hacia Dios y la fé en él!”

—“¡Sí, y mientras tanto siguen prostituyéndose, robando y mendigando! ¿No le parece a Su Caridad que la salvación no debe estar en ir hacia ese Dios, sino en ir hacia la vida más humana? ¿Y no cree Su Caridad,

ÁNGÉLICA MENDOZA

que éso será obra de los hombres, y de la sociedad? ¡Nosotras luchamos por ese mundo mejor...!”

—“¡Pero, es un mundo sin Dios!” — responde la Hermana.

—“¡Pero, es un mundo para la felicidad, para respeto de la vida humana!” — digo con calor.

—“Ustedes se parecen a nosotras en la fé. Nosotras creemos en Dios, que hace todos los destinos...! ¡A él confiamos!” — Sus labios pálidos se han cerrado.

—“Nosotros en cambio, confiamos en la obra de todos los hombres, de todos los seres que sufren en la injusticia, y que luchan por hacer su propio destino...!”

Quiero continuar; pero el silencio que hay en el aula me revela que las mujeres están atentas.

Entonces la Laura se ha levantado y dirigiéndose a la monja, dice:

—“¡Su Caridad converse conmigo! ¡No vé que nosotras somos las que la queremos!”

—“¡Ufa! ¡Qué mal olor dejan las virgo!”

Y yo no puedo indignarme. Es como si hubiera resbalado en una saliva callejera.

I

—“¡Mire, madrecita, ésta mujer me roba el pan!”

—“¡Madrecita! ¿Le llevo la comida a la enferma de apendicitis?”

—“Sí. Llévelo el guiso.”

La enferma ha sufrido hace dos días un serio ataque de apendicitis. La terapéutica del Asilo es como se vé igualitaria: lo mismo sanos y enfermos.

Su Caridad se molesta con el murmullo.

—“¡Cállense! Si, no, no se les dará colación.”

—“¡Madre; mire cómo me dá pura agua y nada de carne!”

La celadora Juanita se indigna contra la protestadora.

—“¡Si no te callás, te rompo la jeta con un jarro!”

Entra la madre Concepción. Es la más enérgica y en compañía del vigilante, más de una vez ha zurrado a las rebeldes, desacatadas. Lo que nunca ha conseguido es cerrarles la boca.

Dice un nombre. Lo oigo y noto que se parece al mío. Me vuelvo con presteza y ruego su repetición.

—“Sí, es usted.”

ANGÉLICA MENDOZA

—“¿Yo? ¿Y qué desea?”

—“Vaya a vestirse.”

—“Pero, ¿para qué? ¿Me llevan al Departamento?”

—“No, nó. Es la libertad.”

—“¡Cómo dice! ¿Oyeron, compañeras?”...

Me levanto desconfiada. Miro a mis cinco compañeras que están de pié en gesto de emotiva solidaridad. Salgo corriendo. Voy a la Ropería, arrojo el delantal, pido mis cosas.

Oigo que dicen:

—“¡Se vá la maestra!”

Subo al dormitorio tropezando con los escalones y riendo. La gallega Carmen mira que revuelvo el colchón buscando mis medias.

—“¡No me revuelva la cama!”

¡Qué me importa! Salgo escaleras abajo y en el rectorio, cordial apretón de manos. Encarnación me mira con tristeza. Hace seis meses que aguanta el infierno.

Envuelvo en una última mirada la mugre humana cuyo atroz concubinato he vivido y me parece que tiene algo menos de terrible.

Lo último que veo en el patio es el gato persa. La Superiora me espera a la salida y me reintegra dos libros; la Historia del Materialismo de Lange que mis familiares llevaron para mi recreo intelectual. Su lectura me fué privada.

Salgo a la calle y no sé dónde está el norte ni el sur. Los ómnibus corren frente y me pregunto dónde irán.

Me parece que por primera vez conozco el mundo.

CÁRCEL DE MUJERES

Todo adquiere en un instante la significación de un renacimiento. Me siento ebria de luz y con la sensación de haberme desatado ligaduras.

Corro; no puedo caminar pues las piernas se lanzan solas al impulso de la carrera.

Y hablo sola:

“¡Vale la libertad, vale mucho! Pero solo al precio de darla para algo, más hondo, más infinito que el limitado deseo de ser en uno mismo. ¡Ser en los otros, en toda esa masa humana que hace su propia historia! Estaba encenagada en hábitos y satisfacciones burguesas. ¡Qué bien me sabe este correr, a tropezones con mis paquetes rumbo al hogar! ¡Qué bueno es el aire, la luz y el sonido cuando no hay rejas que lo circunden, ni mamparas que la cieguen, ni murallas que lo ahoguen! Sí, hay algo más que tiene valor; o mejor que dá su único valor a la vida: no ser para sí mismo, sino negarse para ser para los demás. ¡Otra vez reiniciar la lucha! ¡Qué buena maestra es la prisión! Me ha tomado del cabello y me ha sacudido. ¡Viejo Marx, como me emociona el merecerte otra vez!”

Y me hundo entre las gentes, me pierdo en las calles, con la maravillosa carga de mi alegría, de mi redescubrimiento. Estoy reconciliada con el palpitar afanoso de esa parte de la humanidad, que acompasa la historia con la sinfonía metálica de sus tractores, tendidos en línea general frente al Capitalismo.

.....
.....

II

Considero estos apuntes, como un aporte indirecto a la comprensión de un hecho social que vive enraizado en la comunidad humana, como la secuencia lógica de su estructura: la prostitución.

Directamente tiende a algo más: a la denuncia de la hipocresía de la moral burguesa frente a la realidad humana de la prostituta y a la sofisticación de su obra redentora por intermedio del Buen Pastor y del Asilo San Miguel. Prácticamente estos organismos sirven de reclutamiento de nuevos elementos para la prostitución clandestina o no. Otra intención además me guía con esta publicación: poner de manifiesto los procedimientos policiales frente a las mujeres militantes de organismos de izquierda y revolucionarios, a las que no contentos con privárseles de la libertad, se las somete a un sistema de prisión infamante a fin de humillarlas y acobardarlas en la lucha. Instrumentos de primer orden resultan las mujeres de la vida, a quienes la agitación social las tiene sin cuidado y que se prestan gustosas a provocar y molestar de hecho a las presas sociales.

ANGÉLICA MENDOZA

Es la misma táctica seguida con los proletarios revolucionarios a los que se los deporta en bloque con tratantes de blancas, o se los confina en Usuahía, entre maffiosos y delincuentes comunes, que colaboran con los carceleros a hacerles infernal la prisión. Si bien éso no influye en la decisión de los militantes revolucionarios, evidencia en cambio el odio de clase y la perversidad de que hace gala la burguesía en la persecución de los que, a pesar de todo, serán sus sepultureros.

El problema de la prostitución, apareja una serie de consideraciones cuando se le quiere plantear dialécticamente.

Previo, es necesario constatar que existen determinados conceptos, en algunos sectores revolucionarios sobre la cuestión. Esas formaciones mentales están condicionados: 1º: por la ignorancia de una verdadera interpretación marxista de la prostitución, y 2º: por el planteamiento subjetivo del hecho que deforma la realidad a través de cada hombre.

La valoración de la prostituta se ha realizado en base de su papel de explotada del "caften" y de la ligazón sentimental que su "trabajo", crea en los hombres.

En ese sentido aparece como la ofendida y la humillada de una injusticia social, que la ha privado por hartazgo de su derecho a una vida humana en el amor.

Es un despojo humano. Es la víctima del sacrificio al furor masculino. Los poetas le cantan en estrofas patéticas y le llaman: "¡Hermana Prostituta!"; los escritores pobres, la considera su mejor amiga y es

CÁRCEL DE MUJERES

su paño de lágrimas. Los jóvenes que empiezan a conocer el amor en ellas, se sienten héroes y procuran redimir las sacrificándose al desprecio de su propia moral. Ante esta apreciación general, la prostituta aparece como la víctima inocente, como el instrumento maldito de un destino que la condena por el camino espinoso de la mala vida.

Es necesario, bien es cierto, reconocer que en toda esa creación subjetiva, hay otros hondos, dolorosos y humanos problemas, que no se refieren a la prostituta, sino a los mismos hombres que la dignifican. Es posible que en el fondo no sea más que la dignificación, del primer amor que la culta y moral sociedad burguesa le depara al adolescente.

El pensamiento anárquico está pleno de esa imagen de la ramera. Ha sido fuente fecunda de sus expansiones líricas y a través de la exaltada visión de los soñadores ha llegado a significar el modelo perfecto del sufrimiento e infelicidad humana.

La literatura criolla abunda en esa figura doliente y ensoñada.

En toda esa creación sentimental, falta la visión objetiva, concreta e histórica de su valor.

Frente a ese clima de exaltación idealista, surge el desprecio de la clase burguesa. Para ella la prostituta es un instrumento de placer, el cual después de usado puede ser arrojado al río, a ver cómo se ahoga, o del automóvil a ver, cómo "revienta". Se la embriaga con alcohol, se la alucina con estupefacientes, nada más que como motivo perverso de entretenimiento. Aquel Mr. de Pho-

ANGÉLICA MENDOZA

cas de Jean Lorrain, que gozaba quemando la piel de las rameras con el cigarrillo, no es único en la historia.

En manos de la burguesía, la mujer de la vida es una cosa, no un ser; un instrumento, no una vida.

Contribuye con su mantenimiento a dar prestigio económico al que la sustenta, y con su conquista, al donjuanismo lastimoso de la moral burguesa masculina.

En ese ambiente la prostituta carece del marco idealizador; está en el otro extremo de la valoración, en el del desprecio.

Para esa clase y esa moral la prostituta siempre lo ha sido tal y si lo es, es porque le gusta. Es un camino libremente elegido y al que recorre con satisfacción de miseria humana. Esa concepción está adosada con elementos religiosos. Para una dama bien, la "perdida", es un ser que vive en el pecado. Naturalmente que en esto Adán no cuenta para nada.

Es necesario buscar en la historia, el momento de la aparición de la venta de la unión sexual, partiendo de la premisa que, la prostitución no es un producto burgués, sino que su existencia remonta a los orígenes mismos de la sociedad. La prostitución, es pues, un hecho social, vale decir, un fenómeno que afecta a la comunidad humana y que se desarrolla en su seno.

Es al investigar en la existencia histórica de la familia humana, que se constata que la prostitución florece en el período de la civilización. La burguesía lo que ha hecho, es acrecentar el ambiente que condiciona su aumento y supervivencia.

Engels en su estudio sobre el "Origen de la familia, la propiedad privada y del Estado" a través de Morgan y Bachofen, ha estudiado en forma concluyente la evolución y las formas diversas que ha adoptado la unión sexual desde el salvajismo hasta el mundo burgués. Su interpretación marxista es la que condiciona la vulgarización que creo indispensable hacer para poner en términos concretos el hecho social de la prostitución.

ANGÉLICA MENDOZA

Si analizamos en general la situación que vivimos, constatamos, la existencia de una unión exclusivista de un hombre y una mujer y que constituyen el matrimonio monogámico. La experiencia nos demuestra que el exclusivismo se hace siempre a costa de la mujer; el hombre es, sexualmente libre.

¿Por qué? Porque desde su pubertad goza de libertad sexual y la practica a diestro y siniestro. La mujer debe aguardar el matrimonio al que lleva como tributo su virginidad. ¿A beneficio de qué? A beneficio de asegurar la legitimidad de la descendencia del hombre que es su marido. No todas las mujeres se casan. Pero no importa; las vírgenes deben de serlo hasta la muerte, contrariando su naturaleza orgánica y a costa de su infelicidad. La sociedad ha creado prohibiciones tales sobre ese asunto, que la mujer ha debido vivir su existencia en perpetua esclavitud de sexo. La guerra ha traído una consecuencia en estas cuestiones; si bien no se destruyeron esas prohibiciones, la mujer de acuerdo con el hombre, empezó a burlarlas y a entregarse al amor sexual fuera del matrimonio. La juventud europea y americana es una demostración al respecto. No hablemos de Rusia, ya que allí, al fin se ha llegado a respetar la vida con el ejercicio de todas sus exigencias.

La unión monogámica ha existido en todo el período que en la historia constituye la civilización. Ahora bien, correlativa a esa forma de matrimonio se ha desenvuelto y enriquecido, la prostitución.

¿Qué es prostitución? La venta con salario en dinero, o especie, de la unión sexual. La relación sexual extra-

CÁRCEL DE MUJERES

conyugal no es prostitución hasta tanto no interviene un factor determinante: el salario.

Matrimonio monogámico y prostitución son dos aspectos, de la forma de coexistencia sexual, en toda la civilización. En efecto, la sociedad burguesa desarrolla la herencia que le legara el feudalismo. La burguesía no ha creado la prostitución; la ha industrializado, desenvuelto y desarrollado en forma eficiente. La ha hecho fuente de recursos y desagüe de todos los hombres. Ya no es privilegio de algunos, tal como en la época de los Luises o más allá, en la de los señores de horca y cuchillo. En el régimen burgués, hasta el más modesto proletario puede dejar su mísero salario de un día, a cambio de su goce. La prostitución se la ha organizado en tal forma, que hasta como propagandista de higiene ha podido actuar. Además, hay que cargar a su cuenta infame el haber creado fuentes permanentes de provisión humana para el mercado de la prostitución.

La existencia miserable de la familia proletaria, la desocupación, la ofensiva a los salarios, la inhabilitación por el trabajo insalubre, han ido ahondando la miseria social de esa familia, que el capitalismo luego de utilizar al hijo para eliminar el trabajo del padre en la fábrica, la utiliza a la mujer, para desalojar al hombre y luego la larga, a la existencia pantanosa de la prostitución.

En la actualidad, el imperialismo utiliza procedimientos más en concordancia con sus métodos de colonizar.

En la India, los oficiales ingleses alquilan por temporadas mujeres nativas, que reemplazan a la orgullosa

ANGÉLICA MENDOZA

“misstres” en el desempeño de sus funciones íntimas.

En la China la explotación industrial de las niñas (2 dólares por semana, jornadas de 12 horas seguidas, pues junto a la máquina comen su merienda) vá unida a una despiadada utilización en los prostíbulos y cafetines para extranjeros.

En toda Africa es conocida la época en que caen las remesas contratadas, como ocurre en la Patagonia en la época de la esquila y venta de lanares.

Reivindiquemos, pues, para la burguesía este hecho: a) : centralización y organización de la prostitución (organización nacional é internacional de la trata de blancas) y b) : creación de un mercado permanente con la miseria del proletariado y de la clase media empobrecida. Para ello se ha valido de todos sus medios y superestructuras. El análisis de esa táctica no es materia del presente estudio.

IV

En el salvajismo, la forma de matrimonio, es la del matrimonio por grupos. En su estadio cercano a la barbarie, existe el grupo "punalúa" que ha eliminado ya como un progreso, al padre y a la madre, de la unión sexual. No existe la prostitución en ninguna forma, y la propiedad es común, siendo la filiación materna. La ausencia de la propiedad privada, explica la no existencia del matrimonio monogámico y del derecho del padre. En medio de una absoluta libertad sexual, la prostitución no tiene, pues, objeto.

La concomitancia entre prostitución, unión monogámica y propiedad privada no es fortuita. Esta última condiciona las dos primeras. Fué necesario que sobre la propiedad común de la familia primitiva se asentara la individual, para destruir la unidad de la "gens" matriarcal y pasar a la unión patriarcal.

Un ligero vistazo a las formas primitivas de familia nos dirá si la prostitución existió en un matrimonio no monogámico.

En plena barbarie, la familia tiene una forma que Morgan, citado por Engels, llama sindiásmica: el hom-

ANGÉLICA MENDOZA

bre vive con una mujer, pero de tal suerte que la poligamia y la infidelidad conyugal es un derecho en los hombres y no en las mujeres, mientras dure la unión... Pero el vínculo conyugal se disuelve con facilidad por una y otra parte; luego, los hijos pertenecen a la madre, quién se resguarda en su "gens". La mujer es estimada en ese hogar comunista, donde vive con los miembros de su familia.

La forma de propiedad es la comunista, pero de la "gens" o grupo familiar. El rebaño y las tierras son del grupo. A través del tiempo, la duración de la familia sindiásmica se asegura, con la evolución de la propiedad común de la "gens", a la propiedad particular del jefe hereditario de la "gens". Convertidas las riquezas (rebaño, tierra, frutos) en propiedad privada de las familias, fueron creando una necesidad nueva: que los hijos del hombre gozaran del fruto de su trabajo, pero en su "gens" y no en la de la madre. Y ese proceso que abarca aquí un párrafo, en la historia se hizo en siglos y anunció el alba del derecho del padre sobre el de la madre en los hijos, basado en la propiedad particular de los bienes y tierras.

Al mismo tiempo nació la esclavitud. De manera que en el estadio que va de la barbarie a la civilización, la familia no duradera da paso a la exclusiva, empujada por el desarrollo de la propiedad privada. Pero durante el período de esa familia sindiásmica no se conoce la prostitución, porque aún hay libertad sexual. El hetairismo, es una forma anticipada de la prostitución, pero no es ella misma. Consistía en la entrega de las mujeres

CÁRCEL DE MUJERES

como voto religioso, en los templos de Mir Mylita, Amaitis, Afrodita; los fondos, contribuían a enriquecer el tesoro del templo y a formar la dote de la sacerdotisa. Bachofen dice —(cita de Engels)— que el hetairismo, existe en el paso del matrimonio por grupos del salvajismo al matrimonio sindiásmico de la barbarie. Engels hace notar que el hetairismo subsistió mucho tiempo después en las sociedades orientales con unión monogámicas. Pero no era comercio sexual puramente; sino que era una práctica religiosa que hacía la mujer, para conquistarse el derecho a la dote, con la cual podría casarse y tener una unión exclusiva y duradera.

El feudalismo, con sus infames derechos, como el de "prima noctis" a beneficio del señor, nos revela también la existencia de la prostituta en las ciudades y villas. La relajación de los señores, brutales y sucios, se ejercía con el siervo a quien consideraba una cosa unida a la gleba, (el suelo) y con la sierva, que como cosa, también era usada por el señor. En las ciudades la prostitución contaba con casas especiales y el famoso Abelardo de las disputas conceptualistas en la Universidad de París, tuvo una mocedad lucida en ese campo amoroso. Nápoles y París, se los consideraba buenos mercados de provisión femenina. Correlativamente los árabes, habían organizado en vasta escala, la venta de esclavas para el harém. Aún hoy existen, esas actividades comerciales: en Oriente, (Arabia, Siria, Egipto, etc.).

La prostitución tuvo cauce libre en pleno Renacimiento y la literatura de la época está plena de la inspiración picaresca. Los burdeles de la colonias norte y sur americanas fueron llevados en trasplante social por la expansión mercantil de las metrópolis.

En la antigua sociedad romana y anterior, la griega,

ANGÉLICA MENDOZA

la prostitución se consideraba institución. Los lupanares de Pompeya y Roma, encerraron mujeres que influyeron en la vida política de la República y el Imperio y las mismas emperatrices compartieron el destino de las prostitutas: Mesalina, Popea. En Grecia, así como la mujer casada, llena de prohibiciones, vulgar y sin cultura, se aburría hilando en el gineceo, la prostituta, la hetaira, absorbía los mejores momentos de la vida del ciudadano. La Aspasia de Pericles, no fué un mito, sino una hetaira de carne y hueso. Pero en esas formas sociales, la prostituta surge como tal, ante la decadencia de lo que fué, el hetairismo.

En esa breve revista constatamos, pues, la presencia de las prostitutas y de la unión monogámica exclusiva, a costa de la mujer. ¿Pero sobre qué descansa esa realidad? Sobre el derecho masculino, sobre el derecho patriarcal, que pone sus pies firmemente en la propiedad privada.

VI

Esta incursión por la historia de la familia, da contenido de verdad a la expresión marxista: de que la prostitución aparece sólo cuando la propiedad privada ha asegurado la preeminencia masculina y la familia monógamica. ¿Su solución está entonces en la redentorista actitud sentimental de los que por ignorancia o deplorable visión simplista, consideran viables reacciones individualistas frente a hechos sociales y de raigambre histórica?

El marxismo, elimina esas reducciones líricas y plantea en terreno firme la solución. Sólo una forma social que anule: la propiedad privada y su secuela, la dominación masculina, la unión monogámica exclusiva y el derecho patriarcal eliminará de raíz a la prostitución.

¿Será, acaso, una vuelta a las formas primitivas de la convivencia social? No, porque las formas sociales no se repiten, ni la historia remonta su curso. Las nuevas formas sociales que surgirán con la desaparición del capitalismo, estarán enriquecidas con la experiencia de siglos.

ANGÉLICA MENDOZA

Nada se pierde en la historia, que es el tiempo vivido de la humanidad.

Ella servirá para ese porvenir, que es hoy una realidad en Rusia. Junto con la prostituta liberada en el trabajo, se liberará la otra mujer: la virgen, que constituye el polo opuesto de la esclavitud femenina.

VII

En las circunstancias actuales del régimen burgués, ¿qué valor y significado tiene la prostituta en la acción revolucionaria de clase?

Las luchas del proletariado no se han visto apoyadas por élla. En toda la historia de la lucha de clases que abarca el siglo XIX y los 33 años del XX que corren, su presencia no ha sido notada ni siquiera planteada su alianza en la lucha. En cambio, una literatura pseudo revolucionaria se ha nutrido de sus andanzas. Pero el proletariado no la ha sentido ni la siente su hermana en la lucha! Y es porque no lo es. La prostituta objetivamente es una mujer que vive de la venta de la unión amorosa; es su mercancía. El hombre paga por ella, paga por un acto que no tiene precio, pues, es inalienable a su condición vital. Ella explota esa necesidad y la utiliza como fuente de acumulación económica; es un lumpen proletario, de visión y hábitos burgueses.

Subjetivamente es una mujer de mentalidad burguesa, netamente burguesa. Su criterio está condicionado por el "trabajo" que realiza; todo se encauza al fin de conseguir compradores de su mercancía. No ama la lucha, sino las comodidades; admira la violencia del "caften" y se deja explotar y vender; es una vida enredada y perdida en la malla de las miserias sociales. Su conquista como ser social, no señala ni un valor pa-

ANGÉLICA MENDOZA

ra la acción de clase. Cuando tiene conciencia de su miseria humana y se resuelve redimir por el trabajo, ha dejado de ser prostituta. Pero su tragedia puede mover a que el proletariado se distraiga e intente su conquista individual? A mi juicio, no.

Es para el proletariado revolucionario una pérdida de tiempo y energía. No puede detenerse en su lucha para redimir mujeres. Tiene una misión más profunda y definitiva: luchar para destruir lo que determina la existencia de la injusticia social y la esclavitud de todas las mujeres.

Solamente en la sociedad que haya destruído la propiedad privada y la sujeción de la mujer al hombre, hallará la prostituta su redención, como la hallarán las vírgenes a la fuerza y las condenadas al ludibrio por el libre ejercicio de su maternidad.

Pero, así como la tragedia de una mujer, condenada a guardar como vestal la integridad de su honra, no detiene ni puede preocupar en el frente general de la lucha de clases, así también la prostituta, que no es ni revolucionaria en sus protestas ni proletaria en su actividad, puede plantear problemas parciales de redención individual.

Su liberación no está pues en una obra feminista ni en un derroche sentimental, sinó en la acción de la clase que en el instante que vivimos empuña las riendas de la historia y crea condiciones nuevas de convivencia y nuevas y humanas valoraciones: el proletariado.

F I N

CIENCIAS SOCIALES

COLECCION DE OBRAS DE ESTUDIOS SOCIALES

| | |
|---|------|
| La Ciudad Indiana. — Juan Agustín García | 0 80 |
| Tratado del Gobierno Civil — John Locke | 0 60 |
| El Matrimonio Perfecto. — T. H. Van de Velde | 1 50 |
| El Crepúsculo de los Filósofos. — Giovanni Papini .. | 0 50 |
| Citroen. — E. Eremburg | 0 50 |
| Hacia la escuela del porvenir. — Angelo Patri | 0 60 |
| La revolución del machete. — Emilio Frugoni | 0 80 |
| Soy un fugitivo. — Roberto E. Burns | 0 60 |
| El culto al árbol. — Alberto Nin Frías | 1 — |
| La tragedia biológica y social de la mujer. — A. W. Ne- milow | 0 30 |
| El militarismo y la guerra. — José Ingenieros | 0 20 |
| El choque de dos mundos. — Félix Asnaourow | 0 20 |
| Lectura libre. — Alvaro Yunque | 1 — |
| Los deberes del hombre. — José Mazzini | 0 50 |
| Leyendas para niños. — Encar Catalá | 0 60 |
| La mujer nueva y la moral sexual. — Alejandra Kollontay | 0 50 |
| El Arroyo. — Eliseo Reclús | 0 60 |
| Construyendo el aprismo. — Haya de la Torre | 0 60 |
| La vorágine. — José Eustasio Rivera | 0 50 |
| La condición del trabajo. — Henry George | 0 50 |
| El crimen de la guerra. — Juan Bautista Alberdi | 0 50 |
| La iniciación sexual. — G. M. Bessedé | 0 40 |
| Bases. — Juan Bautista Alberdi | 0 50 |
| Post - Guerra. — Ludwig Renn | 0 50 |
| Doctrinas y descubrimientos. — Florentino Ameghino | 0 50 |
| El origen de la Familia. De la propiedad privada y del Es- tado. — Federico Engels | 0 50 |
| México de frente y de perfil. — Tristán Marof | 0 50 |
| El Socialismo Argentino y las Reformas Penales. — Al- fredo L. Palacios | 0 60 |
| El Nuevo Derecho. — Alfredo L. Palacios | 2 — |
| El Capital. — Carlos Marx | 0 50 |

ESTAS OBRAS TRATAN DISTINTOS PROBLEMAS SOCIA-
LES EN SUS MAS VARIADOS ASPECTOS. POR LO QUE
CONSTITUYEN UN VALIOSO APORTE PARA EL CONO-
CIMIENTO DE CUESTIONES FUNDAMENTALES DE LA
LUCHA SOCIAL.

EDITORIAL CLARIDAD

SAN JOSE 1641 — BUENOS AIRES

Biblioteca Jurídica

COLECCION DE CONSTITUCIONES, CODIGOS Y LEYES DEL PAIS Y DE OTRAS NACIONES, TOMADAS DE TEXTOS OFICIALES, PUESTAS AL DIA. LAS EDICIONES MAS ECONOMICAS.

| | |
|---|------|
| Digesto Constitucional. — Constituciones de las catorce Provincias y Ley de Territorios Nacionales | 2.— |
| Código Civil. — Leyes complementarias y modificatorias . | 2.— |
| Código de Procedimientos en lo civil y comercial. — Ley de organización de los tribunales de la Capital y leyes y decretos sobre Justicia Federal | 1.— |
| Código Penal. — Código de Procedimientos en la Criminal. Leyes complementarias de ambos códigos | 0.50 |
| Código de Comercio. — Leyes complementarias del mismo . | 1.— |
| Constitución Nacional y Constitución de la Provincia de Buenos Aires | 0.20 |
| Nueva Constitución de la Provincia de Santa Fe | 0.20 |
| Constitución de la República Española y Reglamento de las Cortes | 0.30 |
| El Proceso Alvear. — Gondra, Palacios y Carlés | 1.— |
| Leyes de la Nación. — De la número 11.578 al 11.667. Sancionadas en el período ordinario de sesiones de 1932. | 0.50 |
| Leyes de la Nación. — De la número 11.684 al 11.835. Sancionadas durante el período de sesiones del año 1933. | 1.— |
| Leyes de la Nación. — De la número 11.668 al 11.683. Sancionadas durante el período de Sesiones Extraordinarias del año 1932 | 0.50 |
| La legislación y la libertad de imprenta. — Pastor, R. A. . | 0.50 |
| Nueva ley de quebras | 0.30 |
| La nueva ley de propiedad intelectual | 0.30 |

Estas obras y las que seguirán publicándose se venden en los kioscos, librerías y puestos de periódicos de todo el país. Los pedidos a la administración se despachan libres de franqueo.

EDITORIAL CLARIDAD

ADMINISTRACIÓN Y TALLERES GRÁFICOS

SAN JOSÉ 1641 — BUENOS AIRES

MANUALES DE CULTURA MARXISTA

Para ir formando su educación socialista. CLARIDAD le ofrece una serie de obras en las que se exponen los principios socialistas en los distintos problemas que debe resolver la humanidad para realizar una nueva civilización.

OBRAS PUBLICADAS

| | |
|---|------|
| El Manifiesto Comunista. — Carlos Marx y Federico Engels | 0 30 |
| El Capital. — Carlos Marx | 0 50 |
| Las Cuestiones Fundamentales del Marxismo. — J. Pléjanov | 0 30 |
| Marx y Engels. — D. Riazanof | 0 60 |
| Origen de la Familia, la Propiedad y el Estado. — Federico Engels | 0 50 |
| Dogma Socialista. — Esteban Echeverría | 0 50 |
| Socialismo Utópico y Socialismo Científico. — Principios del Comunismo. — Federico Engels | 0 20 |
| La Conquista del Poder. — Benito Marianetti | 0 50 |
| El Marxismo y el Proceso del Fascismo. — Nicolás Lenín y Felipe Turati | 0 20 |
| La Revolución Sexual y Comunismo y Matrimonio. — Hildegarde y Riazanov | 0 20 |
| El Marxismo y el Arte. — M. Casanovas, A. Lunatcharsky y J. Becher | 0 20 |
| El Contubernio. — Joaquín Coca | 0 50 |
| El Camino del Poder. — Carlos Kautsky | 0 50 |
| El Marxismo y la Actualidad Política y Marxismo 1933. — Julián Besteiro y Aquiles Rossi | 0 20 |
| El Derrumbe del Socialismo Alemán y El Ejemplo Alemán. — Luis Araquistain y Emanuel Suda | 0 20 |
| El Socialismo Argentino y Las Reformas Penales. — Alfredo L. Palacios | 0 60 |
| ¿Qué Hacer? — Nicolás Lenín | 0 60 |
| La Revolución Rusa. — Del Valle Iberlucea | 0 60 |

Estas obras y las que se seguirán publicando se venden en los kioscos y puestos de periódicos de todo el país. Los pedidos a la administración se despachan libres de franqueo

EDITORIAL CLARIDAD

SAN JOSE 1641

—

BUENOS AIRES

Textos de Lectura Libre

Colección de libros selectos en los que se exalta el amor a la naturaleza, a la verdad y la libertad; el valor, el idealismo en ejemplos y leyendas. Estos libros deben ser leídos por los escolares, estudiantes, padres y maestros.

| | |
|---|------|
| Barcos de Papel. — Alvaro Yunque | 0.30 |
| Jauja (Otros barcos de papel). — Alvaro Yunque | 0.30 |
| Lectura Libre. — Alvaro Yunque | 1.— |
| Narraciones. — Rafael Calzada | 0.40 |
| Antología de Versos recitables. — 74 composiciones de los más famosos poetas. — La Edición más selecta | 0.20 |
| Recuerdos de Provincia. — Domingo F. Sarmiento | 0.50 |
| Argirópolis. — Domingo F. Sarmiento | 0.50 |
| El Arroyo. — Eliseo Reclus | 0.60 |
| Bases. — Juan Bautista Alberdi | 0.50 |
| Juvenilia. — Miguel Cané | 0.40 |
| Corazón (Diario de un niño). — Edmundo De Amicis .. | 0.50 |
| Doctrinas y Descubrimientos. — Florentino Ameghino ... | 0.50 |
| El Culto al Arbol. — Alberto Nin Frías | 1.— |
| Martín Fierro. — José Hernández | 0.20 |
| Leyendas para Niños.—Encar Catalá | 0.60 |
| La Ciudad Indiana.—Juan Agustín García | 0.80 |
| Hacia la escuela del Porvenir. — Patri, Angelo | 0.60 |

Estas obras y las que se seguirán publicando se venden en los kioscos y puestos de periódicos de todo el país. Los pedidos a la Administración se despachan libres de franqueo.

EDITORIAL CLARIDAD

SAN JOSE 1641

— BUENOS AIRES

LOS POETAS

| | |
|---|------|
| Ghinaldo, Alberto.—Triunfos nuevos | 0.20 |
| Almafuerte.—Poesías (edición especial) | 1.50 |
| Cervantes.—Versos del Quijote | 0.20 |
| Jiménez, Juan Ramón.—Elegías puras y lamentables | 0.20 |
| Urbina, Luis G.—Antología | 0.20 |
| Vasseur, Armando.—Cantos augurales | 0.20 |
| De Diego, Rafael.—Las angustias | 0.20 |
| Guido y Spano.—Poesías completas | 0.80 |
| López, Luis C.—De mi villorrio y Posturas difíciles | 0.20 |
| Martí, José.—Versos libres | 0.20 |
| Méndez, Gervasio.—Poesías completas | 0.20 |
| Valencia, Guillermo.—Poemas | 0.20 |
| Lamartine, Alfonso.—Poesías líricas | 0.20 |
| Alvaro Yunque.—Versos de la calle | 0.20 |
| Herrera y Reissig, Julio.—Los parques abandonados | 0.20 |
| Godoy, Pedro.—A cara o cruz | 0.20 |
| Darío, Rubén.—El canto errante | 0.20 |
| Díaz Mirón, Salvador.—Poemas | 0.20 |
| Nervo, Amado.—Serenidad | 0.20 |
| Darío, Rubén.—Baladas y Canciones | 0.20 |
| Nervo, Amado.—La Amada Inmóvil | 0.20 |
| Nervo, Amado.—El estanque de los lotos | 0.20 |
| Carriego, Evaristo.—Misas Herejes | 0.20 |
| Palma, Ricardo.—Armonías | 0.20 |
| Junqueiro, Guerra.—La Muerte de don Juan | 0.50 |
| Machado, Antonio.—Soledades y otros Poemas | 0.20 |
| Andrade, Obligado V.—Poemas | 0.20 |
| Goethe, Juan Wolfgang.—Poesías Líricas | 0.20 |
| Yunque, Alvaro.—Poemas Gringos. Versos | 0.20 |
| (Edición en papel pluma) | 1.— |
| Calou, Juan Pedro.—Poemas Póstumos | 0.20 |
| Núñez de Arce, G.—Poesías y Poemas Cortos | 0.20 |
| Prieto, Juan M.—Discos Rayados | 0.30 |

Pedidos a

EDITORIAL CLARIDAD

SAN JOSE 1641

BUENOS AIRES



ESTE CLISE PUESTO EN UNA EDICION ES LA MAS
ABSOLUTA GARANTIA DE QUE LA OBRA ESTA COMPLE-
TA, BIEN CORREGIDA Y ESMERADAMENTE IMPRESA.

SI LA OBRA NO LLEVA EL CLISE DE LA
EDITORIAL CLARIDAD, LA OBRA NO HA SIDO
PUBLICADA POR LA *EDITORIAL CLARIDAD*
AUNQUE TENGA UNA PRESENTACION
PARECIDA.

FIJESE BIEN CUANDO VAYA A ADQUIRIR UNA OBRA Y
NO SE DEBE SORPRENDER POR BURDAS IMITACIONES.

SECUNDE LA ACCION CULTURAL QUE
REALIZA LA

E D I T O R I A L C L A R I D A D

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

SAN JOSE 1641

—

BUENOS AIRES



50 cts.